Francisco Madariaga

Sólo contra Dios no hay veneno

1927 • 1993

Ediciones Último Reino

SÓLO CONTRA DIOS NO HAY VENENO: estas palabras me las dijo al oído un gaucho muy borracho en una pulpería del campo correntino.

ISBN: 950-804-078-5

Pintura de tapa: Cándido López, «Invernada del Ejército oriental», detalle.

Marcelo T. de Alvear 2412, 2D
1122 Buenos Aires, República Argentina.
E.mail: ultimoreino@ba.net

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.
Impreso en la Argentina

A la memoria de
Teolindo Frutos,
Pedro Liberato Ramírez,
Alfredo Martínez Howard,
Julio Traynor
y Antonio Cardozo.

A la poeta correntina
Silvia Garicoche
y a la Sociedad Argentina
de Escritores,
seccional Corrientes.

UNA ACUARELA MÓVIL

Nací el día nueve de septiembre del año mil novecientos veintisiete, a las ocho y treinta horas de la noche, en un lugar de la tercera sección del departamento de Concepción de la provincia de Corrientes, conocido como Paraje Estancia Caimán. Recién nacido, mis padres viajaron a la ciudad de Buenos Aires, donde me anotaron como nacido en la calle Charcas 962.

Cuando contaba sólo catorce días de vida, tuvieron que regresar al campo correntino, y viajamos en un camarote del tren Nordeste Argentino, del que descendimos —después de treinta y seis horas de viaje— en la estación Chavarría. Allí nos esperaban, con una larga y alta chata y una tropilla de yeguas cocheras, dos paisanos gauchos: Teodoro Frutos (Teolindo) y Pedro Liberato Ramírez (Pelí).

A pocos metros de la estación se llevaban a cabo grandes Remates de Hacienda, y vi todo esto:

Un poblado de troperos, domadores, niños descalzos, que vendían naranjas y tortas de maíz amarillo y de almidón de mandioca; abundancia de puñales y de revólveres calibre cuarenta y cuatro; mendigos, vaquerías y corrales; cuatreros y cazadores, que venían de los cercanos Esteros y Lagunas del Iverá.

Lo que más me impresionó fue la presencia de caudillos políticos, acompañados por sus hombres más leales, que se paseaban por el costado del tren allí parado, lucien-

do ponchos y pañuelos: celestes, los partidarios del Partido Liberal de Corrientes; colorados, los del Partido Autonomista, venidos de las estancias perdidas en los fondos de los grandes esteros; verdes, los hombres del Partido Radical, defensores del voto libre y de los más desamparados.

Acompañaba ese gauchaje a sus Jefes Naturales, cuyas imágenes me permitieron a lo largo de toda mi vida, conservar un ardiente cariño por los gauchos de todos los colores políticos correntinos.

Esos Jefes eran, a veces, moderadores de los instintos bélicos de sus partidarios, cuando querían desbandarse, calentados por la caña que les hacía proferir el *Sapucay* (grito) a lo indio. (El *sapucay*: según me contaba el poeta Ricardo Mosquera Eastman, sólo se conoce otro igual en la Malasia, donde él fue embajador durante el gobierno del doctor Frondizi).

Todo aquello quedó grabado en mí como el cuadro de un peligroso señorío de caudillos y de gauchos.

Descendí del tren escuchando el tintineo de las espuelas de Teolindo Frutos, recién llegado a la estación, después de atravesar bellísimas regiones sepultadas entre los palmares de *yataí*. Viaje en el que, seguramente, con su compadre Pelí Ramírez, habían gozado con las demostraciones de amistad de las apariciones de las ánimas de hombres y mujeres muertos en las antiguas guerras civiles. Apariciones que perviven —hurañas y brillantes— cabalgando con lagunas de oro y de sangre depositadas en el corazón y la memoria, en forma fulgurante, sangral y móvilmente.

Teolindo y Pelí nos llevaron al Paraje Estancia Caimán, distante treinta leguas de Chavarría. Allí pasé una primera parte de mi infancia, y después viví en otros lugares cercanos, durante doce años consecutivos, hasta que unos tíos me llevaron a estudiar a Buenos Aires.

Pasé toda mi infancia en esa campaña, subtropical y acuática, del centro norte de Corrientes. Región que la geomorfología denomina I-PARAGUAYA. Habitada por un primitivo gauchillaje: poetas en estado natural, poseedores de la más ardiente bondad, coraje y peligrosidad.

Una región aislada, atípica aun dentro de Corrientes, de lagunas con arenas de oro-anaranjado, y de grandes ríos-esteros, en esos planos bajos de soles hundidos, que quedaron cuando se retiraron las aguas del Mar Entrerriense, quedando esas regiones con un paisaje anácronico, según la calificación fisiográfica.

Esos planos ahora son cuencas de aguas muy dulces, con alimentos flotantes, abismales y sangrantes: una tapicería quieta o andante, verde-negra-llameante-rosada-y-amarilla, con las orillas cargadas de palmeras que se reflejan en las aguas. Lagunas profundas, permanentes, con arenas como de mar, que parecen tener en sus fondos sus propios soles y estrellas estampadas. Soles y estrellas que, a veces, emergen de las aguas para alumbrar algo en los hombres de esas campañas. A unos, para extirparles sus soberbias e iniquidades. A otros, para iluminarlos en su pobreza material y moderarle las belicosidades de la raza.

Aquellas regiones están perfumadas por ráfagas de saurios (yacarés, caimanes), cautivados de su propia acuarela. También habitan por allí: el *aguará-guazú* (zorro "como potrillo", como dicen los paisanos). Las boas *curiyú*: constrictoras, que miden hasta diez metros de largo, tienen un gran diámetro, y brillan como troncos cuando salen de las aguas, persiguiendo a algún carpincho, o en busca de un potrillito recién nacido. Monos de la clase *carayá*, cuyos machos son negros y grandes, y las hembras bayas y más pequeñas; gatos monteses, onzas, ¡y siempre el recuerdo del temido yaguareté (tigre), cuyas manos parecen calzadas de palomas amarillas! Felinos que eran el terror

para los yeguarizos semisalvajes: algunos de propiedad del Diablo, según los viejos gauchos, y otros, de propiedad de los "cristianos". Estos últimos, eran los protegidos por las brujas blancas, las positivas, que los defendían de los felinos.

Andaba yo una vez por esas regiones, en un alba de tormenta y de creciente, y topéme, entre una hirviente marejada de pájaros, salidos de los reinos de debajo de las aguas, con un yacarecito casi amarillo, que estaba trepado sobre el tronco de una palmera caída en las aguas: mi caballo le dedicó un bufido invernal, delicado y humeante.

PARAJE ESTANCIA CAIMÁN

Mi padre, Francisco Aurelio Madariaga, nació en el pueblo correntino de Concepción. Estudió medicina veterinaria en la Universidad de La Plata, donde participó en la Reforma Universitaria, y fue amigo de los poetas Mario Jorge del Heye y Francisco López Merino, y del estudiante de Derecho Víctor Haya de la Torre, el peruano que fundó después el A.P.R.A. en su país. Conoció a Almafuerte y participó de un homenaje que le hicieron los estudiantes. Muchos años después encontré en el campo, en un viejo arcón de madera, un ejemplar de la revista literaria *Cosmópolis*, que se publicaba en La Plata, bajo la dirección del escritor Gómez Carrillo. En ese ejemplar, que conservo, se publicó, por primera vez en español, el Manifiesto del poeta francés Guillaume Apollinaire, titulado *El espíritu nuevo y los poetas*, y de Vicente Huidobro escritos sobre el creacionismo poético. Asimismo, encontré el libro *Los Raros*, de Rubén Darío,

donde éste le dedica breves estudios al Conde de Lautréamont y a Rimbaud.

En el Hipódromo de esa ciudad, conoció a Carlos Gardel, el día en que éste hizo correr al caballo de un amigo suyo, donando todo el producto de los boletos a los estudiantes. Cuando yo tendría unos seis años de edad, en un viaje a Buenos Aires, mi padre concurrió, como acostumbraba, al bar *Munich* del Once, y me llevó a mí. Allí estaba Gardel, acompañado por el jockey Ireneo Leguizamo. Mi padre los saludó y antes de despedirse, un tío mío recibió de Gardel y del jockey un dato para las carreras del día siguiente. Después entramos a la rotisería *Podestá*, de Pueyrredón y Jujuy —que acaba de desaparecer—, para comprar pollos al spiedo y buenos vinos, que llevamos de regalo a mi abuelo en Floresta. Ese día el diario *Crítica* salió, con una edición especial, anticipadamente. Yo le compré un ejemplar a mi padre y separé el suplemento de historietas. Cuando era estudiante secundario, volví a ver, ya viejo, a ese diariero, que vendía en la entrada del subterráneo.

Mi madre, Margarita Pallette, era una porteña de clase media, nieta de un vasco francés que vino, como perito en plantaciones de durazneros, a la localidad bonaerense de San Pedro, por el lado de su padre, y nieta de un genovés, que vino a La Boca, como fabricante de campanas de bronce. Vivía en el barrio de Floresta, a dos cuadras de la estación de trenes. Tenía los cabellos muy rubios y los ojos muy celestes. Trabajó un tiempo como maestra normal, hasta que se casó con mi padre, y se fueron a vivir para siempre a la campaña correntina. Me llevaba a pasear por la plaza de Floresta, y visitábamos, en su parroquia, al legendario padre Lauchelo, que nos había bautizado a mi hermana Lila y a mí. Con Chana, una criada casi india que tenía mi madre, le llevábamos vino a Tocino, el sacristán de Lau-

chelo. Lauchelo venía a veces a casa de mi abuelo para jugar a las cartas y para hacer apuestas, con mi padre y un tío, en las carreras del Hipódromo.

Volviendo a mi padre —y recuerdo estas cosas porque las mismas impactaron secretamente en mí, e influyeron indirectamente, en muchos sentidos— me contó un primo suyo, el conocido poeta y autor musical de muchas canciones populares correntinas, Osvaldo Sosa Cordero, que cierta vez él se enteró que Carlos Gardel cantaría canciones criollas en un lugar céntrico, le hizo un telegrama a mi padre al campo, avisándole tal cosa. Él se tomó el tren y llegó a Buenos Aires dos horas antes de que comenzara la actuación de Gardel. Y cuando éste cantó *El moro*, mi padre anotó la letra en una servilleta de género, que Sosa Cordero conservó mucho tiempo.

Por aquel tiempo, pasábamos breves temporadas en Buenos Aires, y después volvíamos al campo, en aquellos camarotes, marrones y negros, del Ferrocarril Nordeste Argentino, ése que desapareció en 1992. Mi padre era amigo de los changadores de la estación Lacroze, y de los guardas, inspectores y mozos del tren. Aquellos viajes determinaron el movimiento más oculto y más emotivo de mi ser. Esos comedores del larguísimo tren, atravesando ríos, arroyos, esteros y palmares, o llanadas blancas y amarillas. Comedores que a veces se llenaban de gauchos, con sus aperos a cuestas, que se trasladaban hacia lejanas ferias de ganados. Yo escuchaba hablar en guaraní —que ya entendía perfectamente—, y los veía pedir botellas de cañas o ginebras, mientras el tren se bamboleaba y gemía, lejanísimo, entre cuchillas y mesetas deslumbrantes de las regiones correntinas de Mercedes.

Mi padre, después de dejar La Plata, nunca vivió en ninguna ciudad. se quedó en la campaña bárbara para siempre. Por muchas razones pudo haber gozado económi-

camente de la vida en las ciudades, pero su manera de ser casi franciscana, pero ardiente y muy fuerte, lo hizo elegir esa vida entre el gauchillaje más antiguo, arisco y misterioso de la Cuenca del Plata. Era un hombre muy generoso, especialmente con los más desamparados, y perdió todos sus bienes en una vida de rudos trabajos camperos, alcohol y políticas bravías. Algo para mí imborrable, y que siempre me emocionó profundamente, fue el gran cariño y respeto que le profesaban sus más peligrosos y bravíos adversarios políticos, de todas las condiciones sociales, especialmente fuertes caudillos de campaña y los gauchos más pobres, cualquiera fuera su color político.

En el año 1881 llegó al Paraje Estancia Caimán una volanta celeste manejada por un negro rengo, llamado Anastasio Jenuario (Tacho). En ella venía mi abuelo, Narciso Madariaga, desde la meseta correntina de Mercedes.

Don Narciso tenía en Mercedes un campo en el *Rincón del Ombú*, que quedó a cargo de su hermano, llamado José Antonio. En aquel paraje, el general Juan Lavalle reunió tres mil gauchos voluntarios que, con poncho celeste llegaron con él hasta Buenos Aires.

A José Antonio lo asesinaron una noche que regresaba a su casa de la ciudad de Mercedes, después de haber sostenido una áspera disputa, por política, en el Club Social. Lo balearon, y su cochero, un gaucho llamado Asís Miño, pudo huir hacia las selvas del *Paiubre*, y después se dirigió a Caimán. Yo llegué a conocerlo, y me contaba estas cosas.

Don Narciso venía como Mayordomo General del inmenso feudo de la familia Lagraña.

Caimán abarcaba las tierras existentes entre la cuenca del río-estero del Batel, por el lado Este, y la cuenca del

anchuroso río-estero del Santa Lucía, por el Noroeste. Tierras con árboles subtropicales, y casi impracticables palmares, de la clase *yataí*.

Poblaban esos campos más de cien mil vacunos, y yeguarizos semisalvajes. No había alambrados. Sólo corrales de palo a pique. Aquellos animales eran manejados por unos cuarenta gauchos primitivos, que mi abuelo supo manejar con coraje, sabiduría y bondad de criollo neto.

Después de algunos años las dueñas le regalaron una fracción del campo, y él les fue comprando parcelas, incluido el casco. Conservo una foto —publicada en una revista de la época— de un padrillo árabe llamado *El Mosquito*, del que aún viven descendientes en las 35 hectáreas que me quedan de Caimán.

Don Narciso se compró una casa en Corrientes, otra en el pueblo de Concepción, y otra en la ciudad de Buenos Aires, donde se recluyó un tiempo antes de morir en 1923. Allí —me contaba Osvaldo Sosa Cordero— recibía a algunos correligionarios. Almorzaba y cenaba en el balcón.

En el pueblo de Concepción mi abuelo se casó con Carmen Sánchez, hija de José Alejandro Sánchez, al que el escritor Manuel Gálvez recuerda en su libro *Los caminos de la muerte*, en el que escribe sobre la guerra con el Paraguay, diciendo:

> «Una quinta con algunos naranjos verdeció sobre el inmenso fondo plomo de los grandes esteros. Estaban en Yaguareté-Corá. Cuarenta casas, ninguna de azotea, pues todas eran ranchos de ladrillos secados al sol, con techos de hojas de palmera y grandes aleros sobre la calle, formaban el pueblito. Un potrero ambicionaba ser plaza. Y un rancho, medio cayéndose, con una intención de torrecita, hacía de iglesia. Los doscientos habitantes salieron a recibir a los correntinos, primera

fuerza de importancia que llegaba a aquellos andurriales. No había allí soldados ni policía. Muchos eran indígenas y, en su mayoría, no hablaban español.

—¿Y no hay autoridad? —preguntó Rudecindo Taboada (el caudillo) en guaraní, desde el caballo, a unas mujeres que lo rodeaban. Un hombre, abriéndose paso, dijo:

—La única autoridad soy yo, el juez de paz.

Era un señor Sánchez, criollo amable y patriota. Ofreció su casa a Taboada y distribuyó los demás jinetes en los distintos ranchos. Sánchez era pobre, pero poseía valiosos objetos de plata; dos mates antiguos y otros útiles domésticos. Su mujer y sus hijas, como todas las mujeres del pueblito, hacían bellos tejidos de Ñanduty.»

En Caimán se conserva un banco de madera, que Sánchez le regaló a mi abuelo. En él había descansado el general Belgrano en 1811, cuando se dirigía al Paraguay.

Don Narciso vivía en Caimán, pero pasaba temporadas en Corrientes y en Buenos Aires. Su primer hijo, Miguel, murió ahogado en 1907 en la laguna de Caimán, a los once años de edad. Después de mucho rastreo en canoa encontró sus restos, comidos por las palometas, el gaucho Ángel Martínez, junto con un tío y un criado también ahogados. Descansan en Corrientes, en el antiguo convento de San Francisco. Después de su muerte —contaba Pelí Ramírez— no salía de su escritorio ni iba a caballo a los rodeos, sólo recibía a mi abuela, al negro Tacho y a Pelí, y alguna vez a su amigo, el famoso bandolero Aparicio ALtamirano. Yo dediqué un poema y un texto a este suceso, titulado "Escritorio criollo y niño ahogado", que Teresa Parodi musicalizó, interpretó y grabó con el título de "Viejo Narciso".

INFANCIA EN CAIMÁN

Viví parte de mi infancia en Caimán, cuyo casco se encuentra ubicado a orillas de una gran laguna. Desde este casco se divisan las cabezas de palmeras salvajes, como lámparas de aire de delicadas llamas; el estero Cabral, de peligrosas sombras; pajas coloradas y amarillas, que resplandecen en los inviernos; la laguna, bordeada por un monte natural, y montes encadenados en la lejanía, sobre el enorme estero Basualdo. Enfrente, casi sobre el Camino Real, corrales de palo a pique, donde entraban las tropas rumorosas y bravías.

Vivían en la estancia mis padres y mis tíos, peones mensuales, una cocinera y un cocinero de peones, criados... Bajo los árboles se veían carretas, con techos de cueros de vacunos y cajones en sus costados, donde vivían y viajaban palomas, volantas, la alta chata. En la laguna, bordeada de laureles rosados, se bañaban los peones, con sus caballos, a la vuelta de los rodeos, en medio del alboroto de perros y bufidos de redomones que nadaban temblando por el olor de los yacarés (caimanes), que se alejaban de la orilla. Yo me metía en el agua, agarrado de la cola de mi caballo que me paseaba por las celestes y frescas aguas.

Después del baño los peones mateaban, almorzaban, dormían una siesta y volvían al fondo de los potreros. Guardo un recuerdo inolvidable de los fogones en la madrugada. Antes de salir el sol pasaba allí lo que cuenta José Hernández en el *Martín Fierro*: "Éste se ata las espuelas / se sale el otro cantando, / uno busca un pellón blando, / éste un lazo, otro un rebenque, / y los pingos relinchando / los llaman desde el palenque / [...] / El que era pión domador / enderezaba al corral, / ande estaba el animal / bu-

fidos que se las pela / y más malo que su agüela / se hacía astillas el bagual / y en las playas corcobiando / pedazos se hacía el sotreta, / mientras él por las paletas / le jugaba las lloronas / y al ruido de las caronas / salía haciéndose gambetas. / ¡Ah tiempos! si era un orgullo / ver jinetear un paisano, / aunque se boliase / no había uno que no parase / con el cabresto en la mano... / Aquello no era trabajo, / más bien era una junción / y después de un buen tirón / en que uno se daba maña, / pa darle un trago de caña / solía llamarlo el patrón".

En el campo vivían 32 familias de "pobladores", gratuitamente. Caimán les daba lugar para casa y chacra y potros y novillos para amansar y usar. Los hombres sólo contribuían en las grandes yerras, y se conchababan como troperos. En cada lugar donde estaban sus ranchos había boliches, donde se reunía el gauchaje de varias estancias para carreras o funciones. Las yerras duraban semanas. Finalizaban con un baile de tres días.

ALGUNOS GAUCHOS DE CAIMÁN

Bruno Ramírez, padre de Pelí, según mi padre el más silencioso y valiente; Agustín Gauto, un legendario capataz; Maximiano Cóceres, joven que después fue cocinero de peones; el negro Anastacio Jenuario; un mítico personaje, llamado Lola Cardozo, que como tropero había recorrido toda la provincia, Entre Ríos, Río Grande Do Sul, el Paraguay y el sur de Matto Grosso del Sur. Otro viejo, Martínez, que andaba siempre de poncho colorado. Nos contaba

a Antonio Cardozo y a mí: "Yo tenía una banda de doce hombres. Juntábamos vacunos de las estancias y los arreábamos hasta el sur de la provincia, cruzábamos a nado el río Uruguay y vendíamos los ganados en Bella Unión del Oriental (quería decir de La Banda Oriental). Pasábamos días en los quilombos, comprábamos aperos y con la plata, guardada en pañuelos, cruzados en bandolera bajo nuestras camisas, volvíamos a nuestros pagos, atravesando regiones de salteadores. Pero nos respetaban, porque andábamos armados hasta los dientes. Los convidábamos a que nos ayudaran a carnear reses ajenas y después se alejaban con unos pesos fuertes y algunas botellas de guindado, que traíamos del Oriental..." Finalizaba su relato diciendo, entre escupitajos marrones por el tabaco de sus mascadas (chicadas): "Nosotros, carajo, no éramos ladrones, juntábamos los vacunos a la vista de todos y a la vera de los caminos".

Otro relato entre carcajadas medio endiabladas era: "Viajábamos un día de calor a caballo una sobrina política y yo. Ella portaba un santo de madera. De repente le dije que bajáramos a descansar a la sombra de unas palmeras. Ya en el suelo, le dije: —Acostate que te quiero poseer. Ella me contestó: —¡Por Dios Bendito, cómo vas a hacer esto con una sobrina! Yo entonces le dije: —Sólo sos sobrina política. Y como me dijo que el santo no podía contemplar semejante cosa, le contesté: —Ponelo de cara contra el tronco de esa palmera, y no va a poder ver nada de lo que pase".

Todo lo contaba en guaraní, porque no sabía hablar en español, y casi siempre finalizaba diciendo: "Yo fui muy bárbaro y muy salvaje, pero señorcitos, nunca fui asesino ni traicionero. Sólo Narciso Madariaga, que a ningún pobre le preguntaba por su color político, pudo *asujetarme*, y me quedé para siempre en Caimán".

Pastor Cardozo, callado, suave, de gran coraje, que or-

ganizaba los asados durante las yerras. Lagraña, un gaucho cetrino, gran domador. Cepí Canoa —así lo apodaban—, que andaba siempre con un gran "tirador" *[especie de delantal de cuero de carpincho o ciervo, curtido, con flecos que llegan hasta los pies y protegen en los rudos trabajos]*. Colgados de la cintura llevaba: cuchillo y chaira, una pequeña cacerola, un jarro de estaño, una guampa de buey, boleadoras, una armónica, un cencerro de bronce que, cada vez que corría en los rodeos, sonaba, y él trataba de atenuar el sonido tapándolo con un raído ponchillo.

Pedro Figueroa (Perucho), muy alto y flaco, a quien mi tío apodó "alpargata 14", por los pies enormes que tenía. Tomás Rojas, apodado "bigote rastrillo", debido a lo ralo y duro de sus bigotes, que no hablaba el español. Eulogio Fernández, apodado "lo Buey" (el buey), que era correo, e iba, dos veces por semana, al pueblo, con un gran carterón de cuero, que aún conservo, para traer correspondencia y el diario *La Nación* de Buenos Aires. Santos Frutos, gaucho-indio, epiléptico, que me enseñó a andar a caballo, hasta que un amanecer, después de una noche de lluvia, llegó la mestiza Sofía con la noticia de que estaba muerto, tapado por el agua de un arroyo desbordado. Tuvo un ataque y cayó al agua. Don Floriano, un gaucho pálido y alto, que se dirigía a mí y sacándose el sombrero —quedando sólo con su vincha celeste—, me decía: "Aquí te traigo *güevos* de teru. Para que no se rompan, aunque galopees, hay que ponerlos en el sombrero y plantarte éste en la cabeza, che ruichacito *[mi jefecito, en guaraní]*".

Laurentino Cardozo (Don Lau), con piel color de té de malva, muy reservado y suave, el gaucho que mi padre más quiso, que murió después de larga agonía, a causa de unos golpes qiue recibió de unos toros que se estaban peleando, y él quiso separarlos en un rodeo. Mi padre lo cuidó durante toda su agonía.

Gurí Duarte, que cuidaba de mi hermana y de mí, que en una chatita de madera con ruedas nos sacaba a pasear hasta la laguna. Con largas piolas enlazábamos a unos enormes y mansos gansos, los atábamos a la chatita, y los metíamos en el agua, tirando de la chata, que flotaba.

MUJERES DE CAIMÁN

Mi madre tenía como cocinera a una mulata llamada Clemencia Gauto (Doña Meca), que yo adoraba, y ella a mí; y como lavandera a una aindiada y muy alta mujer, llamada Sofía Fernández, que no hablaba más que en guaraní, y cantaba, solitaria y esquiva, mientras lavaba ropa en la laguna.

¿Te acuerdas, Sofía Fernández, alta como una palmera india y bataraza, cuando me decías: "Mi Santo Dios, Mi Santo Fuerte, Mi Santo Mortal?"

Y tú, Clemencia Gauto, que bañabas tus santitos adorados en los fulgores de tu corazón, o me relatabas en guaraní —casi como en visiones—, sobre las visitas que, alguna vez, me harían mujeres bellísimas. Y me decías: "—De ellas te quedarán leyendas, ojos de oro verde, canciones de sangres lejanísimas".

¿Y vosotras, mujeres de los velorios, cuando las violencias de los hombres se guardaban, junto con los puñales, en los ponchos, y se bebía bajo la luna, cerca de los santos con ojeras que parecían naturales? ¿Y las lamentaciones y los rezos de las viejas fumadoras de grandes cigarros de tabaco negro, a las que, cerca del alba, peinaban y refrescaban las nativillas jóvenes, que también se peinaban en-

tre ellas, con peines que quedaban olorosos a vegetaciones de los esteros amarillos, donde ellas se bañaban?

¿Os acordáis, Luicho Merlo, Pelí Ramírez, Florentino y Crisanto Fernández, Colá Jara, Kiyú Fernández, de las fiestas, los rodeos y los amores? ¿De cuando en las orillas de vuestros caballos, peinaban sus cabellos aquellas bagualitas ardientes del palmeral alagunado, cuyas entrañas se encendían de celo, cuando en los sueños olían los aromas de las tigras de antaño, que salían danzando delicadas del ancestral estero?

¿Y tú, Chana, a quien crió mi madre y me criaste a mí, Corona India, la de cabellos enlutados, que diz que eras la hija de un bandolero que huyó hacia el Paraguay? Escucha ahora mi cantar, hermanita de Kiyú, que fue tropero y domador suave. ¡Oh Kiyucito tartamudo!, cautivador de alazanes y de encendidos pajonales, que muchas veces fueron tu cama y tu guarida. El amador de la ardiente y finita mulata Hilariona, la hija del antiguón Calí Ramírez. La que aún hoy te lleva, el día de finados, ofrendas, comidas y pasteles, que dispersa sobre tu tumba, para que otros, que están vivos, te acompañen a comerlas. Y te lleva una corona de flores, atadas con cintas del color de tu partido político, y el cuerno de algún novillo de Caimán, cargado con caña, que la noche anterior se refrescó entre los camalotes del estero.

ALGUNOS CABALLOS

Los caballos de mi padre que más recuerdo eran: un bayo-ruano, ligero y misterioso, llamado *El Bayo Cunumí [Ba-*

yo muchacho, en guaraní], que olía a flores de oro, y un overo-rosado, que parecía una lámpara de rosas, y que cuando piafaba, en el galpón, decían los gauchos que estaba llamando al Diablo del Estero Cabral, que era un reino de brujas y de diablos, que por las noches salían a pasear con un cortejo de grandes boas y venenosas yararás del agua.

Mi tío Eduardo tenía un caballo que se llamaba *El Santo Manó [El Santo Muerto,* en guaraní*]*. De este nombre decía Maximiano, cocinero de los peones: "—¿Cómo es posible, esto no es de cristiano, creer que un santo se pueda morir?"

LOS GALPONES

Galpones de troncos, con techos de paja colorada y fuertes olores a baguales atados para ser domados; a parejeros que dormían con mantas de colores; a cueros, gansos, gallos de riña, lazos, cojinillos, ponchos, espuelas sucias de barro y sangre; de gauchos silenciosos: cetrinos-amarillentos, que llegaban emponchados; a chinas y sus senos y sus tortas de harina de maíz o de almidón de mandioca; a muchachas descalzas, parecidas a bagualitas sensuales, que ayudaban en la cocina. Cierta vez, un gaucho viejo y travieso me puso boca arriba y sacando el cuchillo me dijo: "Te voy a capar, carajo, si no atropellás a esa muchachita cachorra, la besás y te la llevás a los tacuarales".

Relinchos. Bufidos y piafares. ¡Esos potros, esas yeguas, esos padrillos! Imágenes a las que después, se sumaron las propiedades afrodisíacas del agua de los esteros,

que en los días de rodeos bebíamos con nuestras guampas. Todo esto estableció un reino de fuego en mi sangre, que vibró llameante ante a la mirada de una mulata de ojos verdes, que me enseñó la maravilla del amor.

¡Ah, Tiempos, si era un orgullo arder con tantos fletes y baguales salvajes, con tanto buey y parejeros, con tanto cielo y agua: Fiesta!

Mi padre fue vendiendo su mitad de campo por una larga enfermedad, restando una parte a mi hermana, y las 35 hectáreas que aún me quedan sobre el enorme estero Basualdo, donde se encuentran reunidos los tipos de tierras, aguas y paisaje de la zona. Tierras coloradas y moras. El estero, con juncos de un amarillo Van Gogh en el invierno y aguas muy celestes; una laguna chica, arenosa, profunda; un monte natural sobre el estero, con manadas de monos, y miles de palmeras salvajes.

En este campo había un rancho, con techo de hojas de palmeras, que habité con Pelí y una cocinera. Tuve que abandonarlo porque cazadores desconocidos de yacarés tornaron peligroso el lugar, y yo a veces viajaba con mis hijos.

EL PENAL MELANCÓLICO

Pasaba mi aislada infancia junto al Estuario de las Aguas Rosadas, cuando llegaron de visita una hermana de mi madre y su esposo. Le pidieron a mis padres que me dejaran estudiar en Buenos Aires. Viajé con ellos, mi madre, mi hermana, y Chana, criada mestiza. Pero era ya muy tarde para abolir las imágenes de mi campaña. Ingresé a una escuela llamada Saturnino Segurola.

Un día de otoño de 1939 un antiguo, elegante y misterioso tren abandonaba los andenes de la estación Chacarita de los Colegiales. Se alejaba mi madre, envuelta en el canto, siempre lejanísimo y vibrante, del largo tren de provincia, y me quedé solo en la ciudad inmensa.

EL COLEGIO NACIONAL

En 1942 ingresé al Colegio Nacional "Mariano Moreno". Tenía como único amigo, a un muchacho, Martín Robles, cuya imagen nunca olvidé.

Cuando estaba cursando el tercer año, un amigo llamado Telo Castiñeira de Dios, me pidió que lo acompañara al puerto para recibir al poeta entrerriano Alfredo Martínez Howard, que venía de Concepción del Uruguay.

Durante los primeros años del bachillerato escribía poemas, que sólo conocía una profesora de castellano. Telo me presentó a Alfredo y a su hermano, el poeta José María Castiñeira de Dios. Nunca olvidaré mis visitas a la casa de ellos, a Doña Rosa, su madre, una española maravillosa, y a todos sus hermanos. José María conoció mis primeros poemas y me alentó.

Después de estos primeros contactos, comenzó para mí lo que llamo un período de "penal melancólico". Vivía prisionero en un claroscuro de goces y alegrías, o de sombrías exaltaciones interiores, rebeldías y desprecios hacia el mundo de los mercaderes de adiposo resuello. Mundo de mediocridades y miserias de la llamada Sociedad. Un tiempo de sueños ardientes, tristes y difíciles. De exploraciones y de rechazos. De estos años conservo poemas inéditos.

Después de conocer a Telo y a Alfredo comencé a leer mucho. Llegaron Rimbaud, Rilke, Hesiodo, Homero, Píndaro, Virgilio, Milosz, los Testamentos, Dante, Cervantes, Quevedo, Góngora, Garcilaso de la Vega, San Juan de la Cruz, Darío, Hölderlin, Kleist, Novalis, Shelley, Baudelaire, Neruda, Vallejo, Apollinaire, los surrealistas, algunos otros latinoamericanos, Whitman, Poe, Donne.

Cuando cursaba el cuarto año del Colegio Nacional, conocí a las profesoras Mabel M. de Rosetti y María Hortencia Lacau, que me invitaron a leer unos poemas en el Ateneo Iberoamericano. Antes había leído, con algunos compañeros, entre los que recuerdo a Nuñez y a Vázquez, en el Salón de Actos del Colegio.

La lectura en el Ateneo en 1944, la llevé a cabo frente a un público de estudiantes, profesores, señoritas de sombreros multicolores y cavernosos intelectuales. Leí una introducción en prosa, titulada *Poesía para mí*, que decía en partes: "desperté un día al mundo. Abrí los ojos y miré la vida, que no era nada para mí. Yo había nacido con la luna derretida sobre mis ojos y el corazón latiendo de primavera para mi amor y para mí, más allá del color vencido de las ciudades... Poesía no es para mí algo que se pueda desarrollar en un verso. La siento como un despertar y un éxtasis ante la primavera de un más allá, con los ojos nadando en luna, vagando en un navío meláncólico, temblando de amor y de musicales locuras. Más allá de todo esto, encontraré la muerte".

Llegó el Día de la Primavera de 1946. Los estudiantes organizaron una excursión a una quinta de Quilmes. Allí conocí a Esmeralda Nalé Roxlo, sobrina del poeta del mismo apellido. Era estudiante, recién expulsada de un Colegio Normal porque no aceptó las improcedencias políticas de

la Directora. Era delgada, de mediana estatura. Sus cabellos livianos y de muy dulce color de miel. y sus ojos parecían lagos de oro. Se suicidó en abril de 1949, y durante mucho tiempo su recuerdo signó mi vida. Estudiaba teatro, y con un amigo común, Julio Roitman, formó una pequeña compañía, a la que presenté en un teatro cerca de la Plaza del Once: representaron *La señorita Julia*, de Strindberg. Se reunían en el bar "Del Carmen", en Córdoba y Ayacucho, que aún existe.

Esmeralda y una amiga, Ivonne Penelón, organizaron un encuentro para que yo hablara sobre Rimbaud ante un público de estudiantes secundarios, en el subsuelo del bar "L'Aiglón" de la avenida Callao.

Me hice amigo de su hermano Carlos, muy afecto a la música de Brahms, que fue después un gran periodista de turf. Compartía nuestra amistad un joven poeta, Adolfo Malvagni, que nos traducía Apollinaire y poetas surrealistas.

En 1952 conocí a Aldo Pellegrini, y en 1954 a Oliverio Girondo y Norah Lange. El poeta Luis Alberto Ruiz llegó de Entre Ríos. En casa del narrador Gerardo Pisarello, amigo personal mío, conocí al poeta cordobés Héctor Yánover, y al poeta paraguayo Elvio Romero.

Mi tiempo de "penal melancólico" terminó cuando en 1949 escribí un poema titulado "Terraza, bar al borde". Poema que fue el puente por el que pasé desde mi penal a otras destrucciones, pero también a un mundo de encantamiento y de construcciones, de la libertad, la poesía, el amor. Tenía en la pared de mi habitación escritas estas palabras de Apollinaire: "A los poetas les toca decidir si no quieren en modo alguno entrar en el espíritu nuevo, fuera del cual sólo quedan: los «pastiches», la sátira y la lamentación... Tiempo fértil en sorpresas. Los poetas quieren domeñar la profecía, ardiente yegua que nadie ha dominado jamás".

En 1946 vivía aún en la casa de mi tía, y conocí a unas muchachas de la misma cuadra: Matilde, Bebé y Judith Sagalsky. Con aquellas hermanas fui muy amigo, especialmente con Matilde, gran traductora de Lawrence Durell.

En 1945 conocí a muchos escritores y poetas. Cierta vez que tenía que hacer una prueba de química, llegué al aula directamente de la calle, después de una noche de cena y bebidas, y me quedé dormido en el pupitre, sin hacer la prueba. La profesora me despertó y me dijo que no importaba, que me calificaba con un cuatro. Era bellísima, y yo estaba enamorado de ella, a punto tal que le escribí un poema que dice: "...la profesora de 30 años duros pero hermosos: / ojos nublados por un azul de laboratorios y oscuras prácticas, / sigue siendo la misma causticidad de labios duros, / y el vestido marrón ceñido de brillante madurez, / tan concentrada en tantos pálidos estudiantes de voces mediocres / que arden con colores rabiosos y tristes como yo / cuando la miro diluida, dura, hermosa; / ardiente, acaso, y dulce, en su lejano domicilio" *(fragmento).*

Con los poemas que escribí en los años del Colegio Nacional tengo un libro, que no sé si publicaré. Recuerdo uno que escribí en 1940, en el camarote de un tren en la estación Concordia, de Entre Ríos, al ver el jardín de la casa del jefe de la estación, donde había un busto de Venus.

UN AMOR EN MENDOZA

En las vacaciones de Julio del año 1945 viajé a Mendoza con el fin de encontrar a una niña que estaba internada en un colegio de monjas. La había conocido en el Vapor de la

Carrera que corría desde Buenos Aires hasta Asunción del Paraguay, Bajé en Corrientes y ella siguió hasta Clorinda.

En Mendoza busqué a un señor López, que me consiguió una pensión económica. Le conté el motivo de mi viaje y que tenía pensado ir el 9 de Julio al lugar donde se concentrarían los colegios para celebrar la fecha histórica. Así fue como una mañana luminosa y fría la descubrí al lado de la abanderada. Con disimulo me le acerqué y le agarré la mano y arreglamos que yo viera a una prima suya. Busqué a esa prima, y me explicó que las monjas no permitían la entrada al colegio de varones que no fueran parientes muy cercanos, pero que si íbamos al caer el sol, y yo conseguía disfrazarme de mujer (yo le había contado que planeamos esto con López, que conocía una sastrería teatral), tal vez nos fuera bien. Nos fue muy bien, porque la monja que abrió la pesada puerta, no se dio cuenta de que tras la peluca rubia, los labios pintados y la cara rosada por los polvos, estaba yo.

En los años en que cursaba el bachillerato, tenía relaciones con grupos estudiantiles relacionados con los partidos políticos: demócratas en general, pero, en forma más especial, con los radicales y los del viejo partido socialista.

Recuerdo las reuniones en el mítico *Café de Los Angelitos*. Allí conocí, entre otros, al poeta y periodista Octavio Rivas Rooney, que después me invitó muchas veces a cenar con él en el diario *El Mundo*, donde trabajaba. A Adalberto Casadevant, poeta muy afecto al tango. Y al que ahora es un conocido hombre de teatro, Juan Carlos Gené, que concurría al mismo colegio que yo. Otro estudiante que conocí mucho era el hoy importante empresario y dueño de la radio LT7, de la ciudad de Corrientes, Jorge F. Gómez.

A ese café concurrían algunos estudiantes socialistas que atacaban a Stalin y defendían a Trotsky. Entre ellos recuerdo a un hombre llamado Pancho Cancro, afecto al buen vino, y que cantaba muy hermosamente viejas canciones populares españolas. Ellos me hicieron conocer las primeras revistas de los poetas surrealistas franceses, y allí empecé a darme cuenta de la estupenda —a más de sus otros valores— defensa de los fueros de la poesía, y de toda actividad creadora, que ejercieron aquellos surrealistas, en momentos de nefastas confusiones ideológicas que existían en el terreno de la relación Arte-Sociedad-Política, que costó la vida, voluntaria o involuntariamente, a tantos artistas y poetas en este siglo, ya sea por suicidios o por desapariciones o asesinatos, llevados a cabo por los poderes totalitarios de la derecha, como la del totalmente mal practicado socialismo.

Si bien yo era muy sensible a los acontecimientos políticos, no he podido someterme nunca a ninguna disciplina o afiliación. ¿Acaso mi infancia en la campaña, eso que llaman “imagen campesina”, lo ha impedido, por su legendaria actitud de desconfianza? Tal vez haya sido esto lo que me hacía insoportable toda incondicional adhesión o encasillamiento. Y creo que lo mismo me ha ocurrido en el terreno de la llamada vida literaria.. Como anécdota al respecto, recordaré que siendo yo muy joven me encontraba almorzando en la casa de un tío mío, hermano de mi padre, el abogado Eduardo Madariaga, al que me ligaba un gran afecto, y que siempre me ayudó en aquella adolescencia aventurera y errante. Él había colaborado en la fundación del peronismo, integrando la plana de algunos dirigentes que, saliendo del viejo radicalismo, formaron la Unión Cívica Radical-Junta Renovadora, que apoyó a Perón en 1946. Mi padre, no obstante, su alejamiento total, siguió siendo radical. Yo no era peronista. Entre los concu-

rrentes, estaba el secretario privado del Coronel Mercante, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, y mi tío le dijo: "A ver si me consigue en La Plata un puestito para este mozo, que es mi sobrino. Tal vez logremos hacerlo trabajar. Pero eso sí, no le pida afiliación alguna, porque así, el pájaro va a levantar vuelo. Él es un poeta futurista y hay que dejarlo que ande como pueda".

Cuando Alfredo Martínez Howard vino a vivir a Buenos Aires, vinieron con él su mujer, Rebeca Zabala, y sus hijos. entre ellos Julio Alfredo (Freddy), que más adelante se fue a vivir con su abuela paterna, una inglesa muy culta, a Concepción del Uruguay.

Alfredo y el poeta Octavio Rivas Rooney alquilaban un departamento a metros del Departamento Central de Policía. Una noche llegamos en un taxi, y no teníamos un peso. Alfredo saludó al vigilante de la parada y le pidió prestado dinero para pagar el taxi. Esto ocurrió más de una vez, como, asimismo, era casi mágico verlo en momentos en que se debía a algún gallego en un bar algunas copas. Alfredo decía que había que hablarle primero del encanto de Galicia, y después se le podía deber sin ningún problema. Otra noche amanecimos con el poeta salteño Manuel J. Castilla en el bar "Victoria", de Entre Ríos e Hipólito Yrigoyen. Volvimos al departamento y allí estaban nuestro querido "Duque", el poeta entrerriano Alfonso Sola González, leyendo *La realidad y el deseo*, de Luis Cernuda, y el finísimo pintor, también entrerriano, y surrealista, Moisés Nusimovich.

Nos reuníamos en el restaurante "El Globo", de Salta e Hipólito Yrigoyen, con el narrador uruguayo Juan Carlos Onetti, Enrique Molina, el pintor Enrique Lucas, Telo Castiñeira de Dios; María Meleck Vivanco, y Sara, una extraña mujer, amiga y amante de algunos poetas. Cuando estábamos escasos de dineros, me decía: "Bebé, no hay *oro*.

Si me acompañas, yo hago el «giro», y traemos lo que hace falta". El «giro» consistía en recorrer casas de amigos suyos y pedir prestado el dinero. Una vez lograda una suma suficiente, tomábamos un taxi hasta "El Globo", y todo quedaba arreglado. A Javier Villafañe le encantaban estas escapadas de Sara.

Mi amistad con Telo Castiñeira de Dios, Alfredo Martínez Howard y Carlos Latorre, fue para mí muy importante. No sólo por el conocimiento que tuve de la poesía de todos los tiempos, sino porque también me hicieron conocer poetas, escritores, plásticos, periodistas, y personas de todos los ambientes y condiciones sociales.

Al poco tiempo de conocer a Martínez Howard, me invitó a una cena en "La Taberna del Antiguo Virrey", que se organizó para celebrar un premio obtenido por el escultor Horacio Juárez, del que después fui amigo al igual que de su familia. Fue una noche tumultuosa, no sólo en la taberna, sino también en un bar llamado "El Atlántico", que estaba en Paseo Colón y México, donde amanecimos bebiendo buenos vinos, y donde tuve un encontronazo con Sola González, que me propinó un golpe en la cara, pero después fuimos grandes amigos.

Un tiempo después conocí a Enrique Molina y a su mujer Susana. Acababan de bajar de un barco en el que trabajaban. Molina estaba con un saco blanco. Vivían en una pensión de la calle Piedras 252, donde también vivía una bellísima cordobesa de largas trenzas —novia de Telo— llamada María Meleck Vivanco, excelente poeta, a quien llamábamos con el sobrenombre de Karim. Yo le decía "Karim, Karim, Periodista" y ella a mí "Gitanito". Cuando algunos de los dos no teníamos ni un peso, nos hablábamos

por teléfono para ayudarnos. Yo me había peleado con la tía con la que vivía, y me consiguieron una pequeñísima pieza en esa pensión, que después se la cedí a Jacobo Timerman, que era amigo nuestro.

Con Alfredo, Telo, María Meleck, Latorre y Juan José Manauta, concurríamos a un restaurante llamado "El Robino". El boliche estaba siempre lleno de parroquianos radicales, socialistas, y también algunos pícaros, como un viejito quinielero y calavera llamado Giusepín, y un reo del Abasto, a quien llamaban El Tigre, que conoció mucho a Carlos Gardel. Había un anciano borrachín que fue, desde el vamos, hombre de Leandro Alem, y tocaba muy bien el acordeón.

A veces caía al lugar aquel poeta tan verdadero, Mario Jorge de Lellis, que juntamente con su hermano, el afamado médico Ricardo de Lellis, Carlos Latorre y Carlos Rivenson, se reunían en el mítico restaurante "Gildo", de Corrientes y Medrano, que nunca cerraba sus puertas, y a la madrugada se llenaba de milongueras que venían, después de cerrarse los cabarets, a proseguir la noche con amigos. ¡Carlos Rivenson!, doctor en Ciencias Veterinarias pero, por sobre todo, un gran espíritu, con honda sensibilidad estética, filosófica y religiosa. Uno de mis pocos grandes amigos que aún viven en plenitud.

Cuando mis andanzas entre estudiantes estaban en su apogeo, conocí a un selecto grupo de socialistas que rodeaban a Héctor Raurich, gran amigo de Martínez Howard. Entre ellos, a Isay Klase, Saúl Chernicoff, Abraham Smetana y Regina, su mujer, que integraba el Partido Socialista.

Héctor Raurich, un excepcional espíritu filosófico, estético, crítico, que después de una honda crisis religiosa como católico, se hizo marxista. Gran conocedor de Nietzsche, Hölderlin, Hegel, Marx, le escuché brillantes conferencias sobre Filosofía y Arte. Lo recuerdo con gratitud

porque fue el primero que comprendió mi imposibilidad de someterme a capillas, sectas, academias estéticas o políticas. Su obra crítica ha sido editada por la editorial Marymar.

Como marxista, Raurich —al igual que sus amigos— estaba en una posición fuertemente crítica de la desviación que el socialismo había experimentado con Stalin. Raurich escribió en sus años de estudiante de Derecho, un extenso artículo titulado "Defensa del Arte", que salió publicado en la revista de estudiantes llamada *Insurrexit*, y vuelto a aparecer en la revista *Capricornio* que dirigía Bernardo Kordon, en el número 1 del año 1965. Para conocimiento de todos aquellos interesados en dilucidar desde esa posición la relación Arte-Sociedad, transcribo unos fragmentos de este artículo:

"No se trata de investigar cuál sea la concepción revolucionaria del arte. Y esto por un motivo elemental. No hay, no puede haber, una concepción revolucionaria del arte. El asunto es diverso y estriba en determinar su concepción verdadera. Existen concepciones más o menos verdaderas o falsas. He ahí todo. Lo que puede ser revolucionario o reaccionario son las consecuencias. La concepción busca la verdad de las cosas que luego se procura utilizar. En última instancia la concepción verdadera del arte jugará una función revolucionaria, pero esto porque es verdadera y no a la inversa, que sea verdadera porque es revolucionaria... El arte no puede ser doctrinario, invadir dominios que no son los suyos sin desnaturalizar su esencia y su cometido. El arte debe ser artístico o de lo contrario no es arte. No es política ni filosofía, ni ciencia, ni moral, ni teología. Es Arte y con eso basta. Es social, pero no sociológico... Si el arte revolucionario es entendido como arte doctrinario, como propaganda de un ideario político, destinado a despertar una conciencia revolucionaria, a convencernos

de las verdades que encierran un conjunto de principios, negamos rotundamente la posibilidad de este arte. Negamos, no el hecho de que se creen obras de tal carácter, sino su valor artístico. Se hará política so capa de hacer arte. Y es asimismo probable que con ellas no se haga ni una cosa ni la otra."

VIAJES A LA PATAGONIA Y A ITALIA

En 1950 trabajaba en la Dirección General de Tierras y pedí que me trasladaran a Río Gallegos. Viajé en tren hasta San Antonio Oeste, y desde ahí en un ómnibus de Transportes Patagónicos. Cuando llegué, me aguardaba en una oficina un señor solitario, que me dijo: "—Vea amigo, yo ya le conseguí pensión en casa de una mestiza de ona. Usted venga una vez por semana a trabajar. Es mejor que sea así, porque si tengo que explicarle el trabajo, para mí será doble tarea. Vaya a los Tribunales, tome nota del estado de los pleitos que tienen algunos colonos, por tierras, con el fisco nacional, me trae el informe, y yo lo mando a Buenos Aires.

Con camioneros que transportaban carbón desde Río Turbio, salía a recorrer un barrio donde habían casas de juego, bodegones llenos de peones chilenos borrachos, pero estupendos tipos populares, japoneses timberos, madamas y jóvenes prostitutas, traídas de todas partes del país y del Paraguay. Con uno de esos camioneros viajé a las minas, donde dormíamos y comíamos en los campamentos.

Viví seis meses en esta ciudad. Mi regreso fue accidentado. Había llovido mucho y no funcionaban los micros.

Arreglé con un camionero que viajaba a Comodoro Rivadavia para que pasara a buscarme por la pensión. Cuando llegó, reinaba una estupenda luna y el frío era intenso. Pero no pude viajar en la cabina porque le pidieron ese lugar para una señora embarazada. Quedaba sólo la parte trasera del camión y me trepé allí, levantando una lona que la cubría. Me recibió un tipo con una botella de caña en la mano, que me habló unas palabras y yo le contesté en guaraní, porque me dí cuenta de que era correntino. Me envolví en mi poncho y me tiré en el piso del camión. Al poco rato, el camionero se detuvo en un parador negro, helado, y bajamos a tomar unos tragos. Allí el correntino me contó su historia. Venía huyendo desde Río Turbio, donde un ingeniero, que lo quería mucho, le dio escape. Había liquidado, en una pelea a cuchillo, a un peón chileno. Dormimos en Comodoro, y al día siguiente seguimos para San Antonio Oeste, donde tomamos el tren a Buenos Aires. El correntino no tenía dinero para su pasaje de tren a Corrientes. Lo llevé a una cantina donde cenaban aquellos amigos de "El Robino", que le pagaron el pasaje.

Mi permanencia en las oficinas de Tierras duró poco. Telo Castiñeira de Dios viajaba a Italia y me invitó a acompañarlo. Vendí mi primera máquina de escribir, saqué mi pasaje, y partimos para Nápoles en un viejo barco que durante la última guerra había servido como transporte de tropas italianas; antes de viajar, visité a mi tío Eduardo, en su despacho del Senado de la Nación. Me preguntó si contaba con dinero para el viaje y le dije que no. Me prometió hacerme llegar un poco de "oro" al puerto con su secretario el día de mi salida. La salida se demoró siete horas más de lo previsto. Yo estaba acompañado por una morena, parecida a las mujeres pintadas por Gaugin en la Polinesia, lla-

mada Carmen. Nos rodeaba gran cantidad de amigos. Partía desolado, pero era más fuerte la necesidad del viaje.

Nos instalamos en un camarote común. Estaba lleno de campesinos italianos, que regresaban a su país, un abogado alemán, que había hecho la guerra pero que no era nazi, y un viejo rabino que nos convidaba whisky. En el puerto de Santos quedamos doce horas. y pudimos recorrer algunos barrios. Ahí subió un periodista alemán y su secretaria. Era un ex nacional-socialista, que regresaba a Alemania después de años de destierro. Había tenido que huir por conspirar contra Hitler. Era muy culto y nos relató su vida aventurera. En Roma bebimos juntos copiosos vinos y lo despedimos en la estación de trenes.

El barco paró 48 horas en Río de Janeiro, esperando cargas, y en la rada del puerto de San Vicente de Cabo Verde, donde descendimos en una canoa, rodeados de niños negros que nos pedían que tiráramos monedas al mar, para bucearlas y sacarlas con la boca. Un canoero nos llevó para que viéramos bailar la danza del *conchazo*: en un lugar circular, alumbrado por una luz azul, danzaban mujeres negras de toda las edades, y se golpeaban los sexos entre sí, hasta producir un sonido extraño y excitante.

Bajamos después en Lisboa y en Barcelona. Poco antes de llegar a Nápoles, cerca de Capri, un viejo italiano que viajaba muy enfermo, se tiró al mar. Lo rastrearon, y con Telo descubrimos su cuerpo que flotaba. Lo alzaron y velaron en cubierta, y tiraron su cuerpo al mar. El barco giró alrededor del lugar a toda sirena.

Al llegar a Nápoles no pudimos desembarcar de inmediato: la policía buscaba a un asesino que le habían avisado se habría logrado embarcar en Cabo Verde. Paramos en casa de un gentilísimo caballero napolitano, y al día siguiente recorrimos algunos lugares y el Museo de Nápoles, y nos dirigimos en tranvía a la ciudad de Pompeya. Allí

nos demoramos demasiado, y cerraron las puertas de las ruinas con nosotros dos adentro. Tuvimos que salir saltando unos altos muros de los fondos, que lindaban con los campos, y allí un viejecillo italiano nos indicó dónde había una taberna para cenar y tomar buen vino. Después atravesamos en un rapidísimo tren los Campos de Marte y llegamos a Roma, donde nos aguardaba un funcionario argentino de las Oficinas para la Emigración, amigo de Telo, quien primeramente nos alojó en su casa de la playa de Ostia, y después nos ubicamos en un hotelito de una argentina, muy modesto, ubicado muy cerca de la Columna de Trajano. Este funcionario nos invitó a conocer el Palacio de los Papas, en la campiña romana. Recorrimos todo lo que pudimos de Roma: sus museos, el Vaticano, catacumbas. Ya escasos de dinero, decidimos irnos a Génova, en tren. Telo seguiría viaje para España y yo gestionaría allí mi repatriación. Nos alojamos frente al monumento a Colón, muy cerca del barrio portuario conocido como el Shangai genovés, plagado de malandrines y prostitutas.

Telo, después de dividir nuestras magras liras, tomó el tren para España, vía Costa Azul. En la despedida yo me quedé con su sobretodo y él con el mío. Antes de iniciar trámites de repatriación, decidí volver unos días a Roma. Me instalé en el mismo hotelito de la argentina. Recorrí todo lo que pude y, cuando sólo me restaban unas pocas liras, regresé en tren a Génova, dejando abandonado mi equipaje en el hotel.

Llegué a Génova al amanecer en un tren repleto de partidarios políticos de Palmiro Togliatti que venían a un mitin. Me dirigí al Shangai genovés y muy cerca del puerto descubrí unos baños públicos: en español le pedí al encargado una toalla y me bañé. Era un argentino del barrio de Flores que hacía veinticinco años que vivía en Génova. Me ofreció quedarme allí hasta encontrar alojamiento y me fa-

cilitó una pila de toallas para usarla de cama. Al día siguiente fui al Consulado argentino a cargo de un doctor de apellido Tristany. Culto y generoso, me entregó diez mil liras y me dio una nota para el capitán del vapor argentino Ciudad de Santa Fe, que se encontraba en el puerto. El capitán me dio entrada y me ofreció un camarote de primera clase y almuerzo y cena diarios hasta que zarpara el barco. Por las noches, durante quince días, salía en compañía de dos tripulantes paraguayos con los que hablaba en guaraní y cenábamos en el Shangai genovés. Finalmente salió mi repatriación, me ubicaron en tercera clase y salió el vapor. Sobre la cama que me asignaron encontré sentado a un campesino del sur de Italia, de 90 años, que venía a la Argentina a visitar a un hijo que hacía 35 años que no veía. Me dijo: "Compagno, quiero la cama suya, a mí me tocó la de arriba y no puedo subir". Al día siguiente de zarpar los marineros paraguayos me consiguieron una cucheta en el gran camarote de ellos en cubierta, y adem´s me presentaron al cocinero de oficiales que me tuvo de ayudante y comía de la mejor comida, compartiendo también el comedor de los marineros, donde tenían buenos vinos italianos. Con gran sorpresa encontré en la cubierta de primera clase a una muchacha con la que en el Centro de Estudiantes Secundarios tuvimos en Buenos Aires un breve romance. Mi viaje fue muy hermoso, aunque sólo tenía una muda de ropa que lavaba casi diariamente y el sobretodo de Telo Castiñeira de Dios.

Cuando llegué a Buenos Aires el vapor no pudo entrar a puerto porque estaba repleto, y bajamos a una lancha en la rada. En la misma descubrí que me estaba esperando —yo le había escrito— mi querido amigo y gran pintor Carlos Squivo, que trabajaba en el Hotel de Inmigrantes dibujando para el Ministerio de Obras Públicas. Descendí con aquella muchacha y el viejito campesino, y me fui a vi-

vir a la casa de Squivo en Lanús donde, gracias a la generosidad de Amanda Mosca, mujer de Squivo, concurrían muchos pintores y poetas, entre otros el pintor Alberto Greco a quien Squivo daba lecciones de pintura.

En esos días me llegó una invitación para leer en Rosario, en Amigos del Arte. Durante mi lectura respondí un poco despectivamente a las preguntas de un cavernoso intelectual y algunos concurrentes quisieron atacarme. Tuve que escapar por los fondos ayudado por el poeta Daniel Giribaldi.

LA SERRANITA ERA UNA FIESTA

En 1947 Alfredo Martínez Howard se fue a vivir a Córdoba, cerca de Alta Gracia, donde comencé a visitarlos y a nadar en el río. Por la noche dormía en una cocina, debido a que la casa era muy pequeña, y cuenta Aída Garfunkel, su bella compañera, de ojos verdes y una espléndida formación literaria, que yo no reparaba en las ratas que a la noche entraban a esa cocina. Al poco tiempo se cambiaron a La Serranita, donde vivieron hasta la muerte de Alfredo, en 1968. Yo repartía mis vacaciones entre mi campaña bárbara y La Serranita, y los fines de semana me iba a la ciudad de Córdoba y me reunía con poetas y pintores amigos de Alfredo. Recuerdo a Perico Miravet, dueño de una librería donde se reunían los escritores, y su hermano Ricardo, organista; los pintores Diego Cuquejo y Doris Hogson, bellísima; Marcelo Massola, traductor de Saint John Perse; Edgar Arroñade, poeta y lector de Hegel; el poeta y abogado Jorge Vivas; Ofelia Castillo, y el poeta chileno Pablo de Rokha (hijo), que se suicidó.

Una noche salí con él al centro, cenamos y volvimos a la casa de estudiantes, en Alto Alberdi, donde entre otros vivía Dardo Gisi, entrerriano estudiante de medicina. Pablo se durmió de inmediato, pero yo llené una bañadera con agua, me metí en ella y me quedé dormido. Me despertó una voz de mujer que me hizo salir del agua. Era una joven y bella prostituta que me preaparó una cama, me arropó, me hizo un té y me dijo, como cantando: "Duérmete, poeta".

Una mañana luminosa de otoño tomé un pequeño colectivo hacia Villa Esmeralda, donde me alojé en una hostería, en la ladera boscosa de un cerro cuyos dueños eran un ruso monárquico y su esposa, ambos exiliados. Ella traducía poesía del ruso al francés y al español. Tenían una hermosa hija, que me hizo conocer todos los lugares boscosos. La traductora me regaló algunos poemas que estaba traduciendo del ruso Nicolás Gumiliov, fusilado en 1921, fundador del movimiento poético acmeista, cuya mujer fue la gran poeta rusa Ana Ajmatova.

A lo de Alfredo venían la periodista Pinky, los hijos de Alfredo: Laura, Silvia, Graciela y Julio Alfredo (Freddy), pintor y dibujante; el pintor entrerriano, que vivía ya en Buenos Aires, Carlos Squivo, con su mujer Amanda Mosca; Telo y Eliseo Castiñeira de Dios, y muy jóvenes admiradoras de Alfredo. En 1952 fui con la que en ese tiempo era esposa, Amalia Cernadas, poeta y plástica, madre de Gaspar y de Florencia, mis hijos mayores. En esa casa no se dormía temprano, las tertulias a veces amanecían, hacíamos asados en el jardín del fondo al que nos ayudaban bellas muchachas, y un pobrísimo changador a quien llamaban "La Mugaita", que después, borracho, se retiraba gritando: "Soy radical hasta la muerte, carajo", y un gaucho de quien me hice amigo en un boliche donde los sábados bajaban a beber los gauchos de las sierras. Otras noches

más íntimas, Alfredo nos leía capítulos del Quijote y de Gargantúa y Pantagruel, que nos hacían reír hasta descomponernos. También leía a Rilke, que Aída conocía profundamente, clásicos españoles, de la generación de 1927, y surrealistas. En el comedor de la casa se leía en la pared: "Flor es la juventud, sirena amada, / y flor que sólo de agotarse vive", de Bocángel.

Alfredo y Aída venían a Buenos Aires y se quedaban muchos días, a veces en el hotel "El Navegante", en Viamonte al 200, en cuyo comedor se llevaban a cabo grandes cenas de poetas y pintores amigos de él.

EL ESTERO TRAPICHE-CUÉ Y EL ESTUARIO DE LAS AGUAS ROSADAS

A fines de 1937 nos fuimos a vivir a la casa de un viejo criollo llamado Fulgencio Gauto —donde funcionaba una escuela—, ubicada a orillas de un grande y circular estero llamado *Trapiche-Cué*, que en guaraní significa *Lugar donde hubo un Trapiche.* Éste perteneció a los jesuitas en tiempos coloniales. En *Caimán* se conservan dos grandes ruedas de piedra que, movidas por mulas, impulsaban la noria con la que fabricaban miel de caña.

El estero tiene aguas muy límpidas y sus arenas tienen un delicado color de oro-rosado. Está cubierto de algas y lianas acuáticas, a más de los amarillos juncales, y tiene algunos albardones con montes enmarañados. Uno de ellos, que está cerca de la casa, era para mí un misterio encantado. Cuando bajé de la canoa, dormía al sol invernal toda una familia de *yacarés* (caimanes) de rojizos colores.

El recuerdo más vívido que conservo de este lugar y sus alrededores es una grande y arenosa laguna llamada *Ca-Aré*, que en guaraní dicen que significa "Con paicos".

Era intenso el olor de sus aguas cuando caía alguna tormenta, y en medio de gritos y alborotos, hacíamos nadar nuestros caballos. Sólo podía arrancarnos de las aguas las órdenes suaves, pero imperiosas, de un viejo gaucho llamado Nicasio Frutos, que usaba chiripá de dos colores y vincha colorada. Su piel y su nariz eran cetrinas y aindiadas-amarillentas. Muy cerca, hay otra laguna, mucho más grande, llamada Laguna Limpia, totalmente circular y sin ningún tipo de juncos o vegetaciones. Contaban los gauchos muy viejos que sus abuelos recordaban que acampó en sus orillas el General José María Paz, durante sus campañas contra Rosas.

En el estero hay un largo paso que atravesábamos con tropas de vacunos o yeguarizos, seguidos de perros que se agarraban a las colas de los animales. Cierta vez, el gaucho Teolindo descubrió, entre los juncos de un lugar un poco alto, a un ciervo macho, de grandes cornamentas y lo boleó, largándolo después, y dijo: "—Fue para demostrarle a este niño [por mí] que Teolindo es capaz de bolear hasta en el agua".

En el fondo de un gran galpón tenía una pieza, y una parte para taller, un viejo misógino y maniático. Únicamente dialogaba con mi padre cuando éste, muy de madrugada, iba al galpón a encender un fogón y matear. Le ensillaba su caballo. Lo que más recuerdo de él era lo siguiente: cuando algún muchacho iba a verlo y le encargaba, de parte de sus padres, algún trabajo de carpintería, él les decía: "Está bien, voy a hacer el trabajo, así como suplica, así como suplica, mi hijito, mi hijito". Tal era la vanidad que tenía que un encargo era para él una súplica.

Otros lugares donde íbamos eran: una quinta de na-

ranjos que, con casa y boliche, tenía, en su pequeño campo, un gran caudillo autonomista, muy amigo de mi padre, llamado Jamario Valenzuela que, cuando nos visitaba, llegaba con un peón con maletas cargadas de naranjas y de sandías de pulpas amarillas. A la estancia de Colodrero, entre lagunas y palmares que caen a pico sobre el río-estero del Batel. Su dueño, Luis María Colodrero, amigo de mi padre, le regaló un día de carreras cuadreras un par de espuelas de plata y oro. Al boliche de un hombre de apellido Ibarrola que, viejísimo, vive aún. Allí se juntaban los gauchajes de varias estancias. A la casa de un hombre que tenía un boliche en una loma de tierra colorada donde yo insistía en jugar con su hija Margot.

A mí ese lugar me parecía la comarca de un sueño, con carromatos de gitanos y con hadas. Muy bella y especial para amores infantiles.

A fines de 1938 nos mudamos a una estancia llamada Rincón de San Pedro, sobre el río Santa Lucía. Hicimos la mudanza en aquella alta chata y en una carreta tirada por seis bueyes. Me despedí, con dolor, del estero *Trapiche-Cué* y de su albardón, que brillaba como una gran moneda de oro en ese amanecer. Llevaba conmigo a un perrito blanco llamado *Jazmín*, y atado con el cabresto corto a la parte trasera de la chata, a un petizo llamado *El Carretel*, de pelo rosillo moro.

Nace el Río-Estero Santa Lucía al norte de Corrientes y se desliza lentamente, en una amantelada combinación de río y de estero. En el norte mide una legua de ancho, y desemboca en el Río Paraná. Por su extrema belleza, casi desconocida, lo llamo el Orinoco Correntino.

Se desliza verde-negro-llameante-rosado y amarillo,

bordeado por montes subtropicales y altos tacuarales, palmeras de la clase *Carandaí*, altos malezales o brillantes pajas coloradas, habitados —yo los he visto en días de grandes quemazones costeras— por ciervos de grandes cornamentas, y por manadas de yeguarizos semisalvajes, ¡tan criollos como los diablos de este mundo! Algunos —decían los viejos gauchos— de propiedad del Diablo.

Más alejadas del río hay grandes extensiones de tierras altas y coloradas, arenosas pero fértiles, cargadas de palmeras yataí, que sólo hay en partes de Entre Ríos, norte de Santa Fe, Brasil y Paraguay, y en las costas oceánicas, conocidas como "Mar de los Castillos", del departamento de Rocha, en la Banda Oriental del Uruguay.

Entre los palmerales hay abundantes esteros, de todos los tamaños. A los muy pequeños, los gauchos viejos les llaman "esterillicos". Y hay una infinidad de lagunas, con arenas de color oro-anaranjado, finas como las del mar, muy profundas y permanentes, alimentadas por filtraciones y por lluvias, de un fuerte color celeste y amplias playas. Los esteros tienen colores extraños y feroces, y extienden sus misterios, sus manteles y sus sabanajes cargados de vegetaciones de algas, lianas y animales acuáticos, animales envenenados en sus propios perfumes. Esos perfumes que hirvientes desatan en nosotros los más ocultos terrores, en las exploraciones comarcales.

Las tierras altas son orgullosas y melancólicas, de acuarelada majestad salvaje, como semicerros acuáticos con jardines colgantes, que parecen estar siempre penetrando y saliendo de las aguas. Tierras morenas-anaranjadas, o rojas-rubias, como hechizadas y estampadas de su propia belleza dramática. Dueñas de tremendos amarillos, azules, colorados, y en partes, en los viejos Caminos Reales, con colores de sangres históricas... Fueron y son posesiones de antiguos feudatarios criollos, grandes o peque-

ños, letrados o analfabetos. En partes hay algunos villorios de campesinos agricultores: plantadores —algunos muy arcaicos— de algodón, tabaco, maíz, maní, mandioca (yuca), batatas y naranjos.

Estas tierras están también habitadas por hombres de a caballo, más ágiles y más bárbaros. Jinetes subtropicales, bebedores del agua del tabaco de sus permanentes mascadas (chicadas), y de la caña llameante-apacible-rosada o blanca transparente que traen los musiqueros exiliados, compradores de ganados, o contrabandistas paraguayos... Caña que les hacía llorar de fiereza y de tembladerales para crímenes pasionales, cuando sonaban el acordeón y la guitarra, en las noches alumbradas a candiles. Noches de redomones en los palenques de las fiestas, o de las reuniones políticas, llameantes de revólveres calibre 44 y de machetes... Noches en las que huían las pequeñas mujeres —desamparadas y dulcísimas— para guarecerse en los mandiocales de luna y de rocío. Algunas de ellas, mulatas verdes de ojos dorados, descendientes de guaraníes, mezclados con españoles valencianos y con negros. Mujeres que a sus pequeños hijos arrullan diciéndoles: "Mi Santo Dios, Mi Santo Fuerte, Mi Santo Mortal". De esas que bañan sus reliquias, y sus santos más adorados, en los manantiales más ocultos, y nos traen noticias —en guaraní— sobre hallazgos de restos de antiguas volantas, enterradas en esos manantiales que, a veces, son lentos devolvedores de enterrados tesoros. O nos cuentan —encandiladas de terror— sobre apariciones de rostros fantasmales, huyendo del tiempo de la Gran Guerra con el Paraguay, en carruájes celestes-claritos de los asolados feudos. Y de una doncella que aparece en una balsa divagante, color sangre, manejada por una mulata, que cuida de ella cuando ésta revela el secreto del Diablo.

El casco está sobre una loma, y se divisa el anchuroso

río Santa Lucía. Soledad salvaje. El ganado se criaba arisco. Recuerdo días de recoluta de vacunos o de yeguarizos alzados entre montes y esteros. Tarea peligrosa por la bravura de los animales, por los mosquitos y víboras. Nos quedábamos en los puestos, y con Antonio Cardozo —además de aprender a enlazar— recorríamos las costas del Santa Lucía, y en los días invernales enlazábamos a los enormes yacarés, que dormían, boca arriba al sol; los arrastrábamos y los largábamos en el río.

En una rinconada montuosa había un gran árbol, que conservaba marcas hechas a machetazos, que parecían escaleritas. Contaban los gauchos que, desde ese árbol, un famoso bandido, a quien llamaban *Chajá*, observaba cualquier movimiento de comisiones que anduvieran persiguiéndolo, y gritando *Chajá, chajá*, alertaba a sus compañeros de banda.

EL MAESTRO ORMELLA

Cuando vivimos en esta estancia había una escuela a dos leguas, a cargo de un maestro llamado Ismael Ormella, al que mi padre le entregó un caballo y le pidió que fuera dos veces por semana a darnos clase.

Poco antes de su fallecimiento, en la ciudad de Corrientes concurrí a un Congreso de Escritores. Cuando terminé mi ponencia, se me acercó la escritora Elena Zelada, y me hizo saber que Ormella quería verme. Lo visité, junto con mi esposa, la poeta y plástica Élida Manselli y nuestro hijo Lucio. Al poco tiempo recibí el recorte de un diario de Corrientes donde Ormella publicó una nota sobre nuestro encuentro, de la que transcribo un fragmento: “Me acuerdo

que cuando andábamos a caballo, estos tenían la virtud de auscultar a los fantasmas y nosotros los humanos no. Debíamos desmontar y hacer tres cruces entre sus patas y aunque parezca increíble, el caballo se calmaba y seguía galopando".

ANTONIO CARDOZO

En esta casa, mi compañero de infancia fue aquel niño Antonio Cardozo, que mi padre trajo de Caimán a vivir con nosotros. Con él crié a un burrito de nombre *Burrini*. Me lo trajo un día un gaucho que lo encontró abandonado en unos pajonales, después que unos troperos, que habían venido desde Mato Grosso del Sur en barcazas, y luego de desembarcar, a caballo, compraron unos 500 burros salvajes, que habitaban las costa del río, quedando solo el pequeñísimo burrito. Lo criamos y después lo domamos. Le dábamos leche y maíz. Murió muy viejo.

Cuando supe de la muerte de Cardozo, le escribí este poema:

Techos con calandrias

El último de los gauchos de mi infancia
se murió ahogado por la luz de las crecientes,
seguramente montado en un caballo de plata:
en alguna carrera, algún rodeo, o en alguna
fiesta brava,
pero el cielo de los aguaceros celestes
encenderá la flor de los palmares,

y abriremos de nuevo las puertas de las fiestas
en los ranchos de techos con calandrias.
"La suerte no se la nace sino que se la amanece",
me dijo en el amanecer de un Camino Real con
escarcha,
volviendo de la casa de unas muchachas.
Un burrito lejano hoy guía nuestras miradas.

Además de *El Carretel*, yo tenía un tubiano, que me había regalado un pequeño feudatario, analfabeto y muy gaucho. Cierta vez en que me peléé con mi madre y con Chana, porque me sorprendieron tomando un trago de vino de la guampa de un gaucho domador, decidí abandonar mi hogar, y en pelo sobre el tubiano, me dirigí a un monte y me interné en él. Me perdí, se hizo de noche, y me eché a llorar. Salió en mi busca Antonio y me encontró. Cuando llegué a la estancia, sólo la mulata Clemencia Gauto (Doña Meca) me estaba esperando, con ropas limpias y un gran jarro de leche. Caí en sus brazos y me quedé dormido.

Cuando yo tenía 16 años de edad y Antonio 17, nos escapábamos, después que todos se dormían. Teníamos caballos ensillados dentro de un monte. Yo le pasaba a Antonio mis bombachas y botas por la ventana de mi cuarto, como, asimismo, una pequeña victrola a cuerda y unos discos de motivos populares correntinos. Casi siempre íbamos a la casa de Ángel Martínez, que tenía una preciosa nieta de ojos verdes, llamada Valentina. Mandábamos traer vino y caña, y a invitar a muchachas y jóvenes del ranchería, y al son de acordeones, guitarras, y de los discos de la victrolita, bailábamos, rodeados de viejos gauchos y chinas con rebozos. Ángel Martínez se sentaba en medio del baile, en una banquilla de lapacho, con un enorme revólver calibre 44 apretado sobre el ombligo, y una espuela en uno de sus

pies descalzos. Desde allí, tomando caña, dirigía todo con voz altanera. Alguna vez nos acompañó mi primo Miguel Ángel, que tocaba muy bien el acordeón.

Una noche en que regresábamos a nuestra casa, atravesamos un monte llamado *El Salamanca*, por una picada que tiene una zanja arenosa, que no se puede esquivar, en cuyo fondo hay un agua surgente color de oro. Había luna llena y nos metimos en el monte. Antonio llevaba la delantera. De pronto, mi tubiano, doblando las manos, se acostó, y una joven bellísima, envuelta en una túnica rosada y transparente, me abrazaba delicadamente, con una sonrisa que parecía tener toda la llama del amor. Me contaron que ese monte había quedado encantado desde los años de la Guerra con el Paraguay.

Casi nunca teníamos dinero para comprar la caña que teníamos que llevar en nuestras visitas a lo de Ángel Martínez, y salíamos al campo a juntar yeguarizos; los encerrábamos en el corral y les cortábamos las colas y las crines, y Antonio se encargaba de venderlos en algún boliche.

En ese campo el gaucho que más quise se llamaba Florentino Fernández. Había sido convocado para el servicio militar, el primer año en que se puso en práctica esta ley, y le tocó un batallón que, montado en mulas, se internaba en los montes formoseños para combatir tribus de indios rebeldes. Tenía varias heridas que sufrió en esos combates. Era bravo, desconfiado, y muy afecto a las mujeres. Con él fui a fiestas en los ranchos.

Ángel Martínez a veces venía a visitarnos. Llegaba cargado de sandías, y mi madre, que le tenía miedo, lo convidaba con licores y escuchaba sus relatos en guaraní, que Chana le traducía. Hace poco escribí un poema titulado *La Contragaucho* donde, sin nombrarlo, aparece.

Rincón de San Pedro fue vendida a un médico de apellido Benítez. Un hijo suyo, llamado Enrique, vino a revisar el campo. Estaban de visita Humberto y Hugo Puciarello, dueños de una estancia lindera. Cuando estábamos almorzando salió el tema de las apariciones. Yo llamé a Antonio y les mostramos los lugares donde los gauchos viejos nos contaron que habían "entierros". Los "entierros" son botijuelas de tierra colorada, llenas de libras esterlinas, joyas, espuelas de plata y oro, collares. A estos "entierros" los podían sacar sólo aquellos que estuvieran destinados para hacerlo. Si cavaba alguien que no lo estaba, debía soportar cargas de caballerías fantasmas, gritos y simulacros de lanzazos llevados a cabo por demonios.

1946

En el verano del año 1946 yo estaba en mi campaña y colaboré, sin ningún tipo de afiliación, en la campaña política que llevaba a cabo el Partido Radical, para las elecciones que se llevaron a cabo el 24 de febrero de 1946, que fueron ganadas por el Coronel Juan Domingo Perón, con un movimiento político formado para sostener su candidatura presidencial. En Corrientes, los tradicionales partidos Liberal y Autonomista, votaron para Gobernador por la fórmula Radical, que triunfó únicamente en esta provincia, e impuso como gobernador al abogado Blas Benjamín de la Vega.

Recuerdo una gran reunión política, una semana antes del día de las elecciones. Yo me junté con unos veinte gauchos, liberales, autonomistas y radicales, y concurrimos a esa reunión, que se celebró en una quinta de la Colonia

Santa Rosa, sobre una enorme laguna. La había organizado el legendario caudillo liberal Francisco Sosa (Don Chitano). Aquel que recuerdo como gran amigo personal de mi padre. Yo metí mi caballo a la sombra de unos grandes lapachos. Me acompañaba un gaucho petizón, muy fuerte, callado y misterioso. Un gran domador, que hablaba muy mal el español, y era muy anticuado en sus costumbres y en su manera de vestirse. Tenía una larga melena, que sujetaba con una vincha celeste, espuelas enormes y un tirador de cuero de carpincho curtido. El arma, siempre la llevaba oculta.

Por primera vez bailé una antigua polkita correntina, y conocí la mejor caña paraguaya, que me convidó Chitano de su caramañola, en plena fiesta. Se escuchó, de pronto, un fuerte *sapucay* (grito), un tiro y un desbande de caballos. Salió ese Gran Señor que era Chitano, y puso orden de inmediato. Sólo llegué a escuchar esto que cantaba un guitarrero gaucho: "—A las 12 de la noche / cantó el pavo real, / y él en su cantar decía: / ya ha ganado el liberal".

Andaba por esa fiesta un mozo muy bien montado, llamado Alfonso Sosa (le decían Chiquito Sosa). Tenía pañuelo de cuello verde-radical y bailaba muy bien. Después, fue gran amigo de mi padre, y padre de un gran amigo mío de Santa Rosa: Gustavo Adolfo Sosa, amigo de sus amigos, como su abuelo Chitano y su padre Chiquito.

La noche de aquella fiesta, entregué mi caballo al domador aquel, Aguicho Fernández, y me fui en automóvil para el pueblo de Saladas, donde tomé el tren para ir a votar en Buenos Aires.

EL NARRADOR GERARDO PISARELLO

Me estoy apeando en 1947 de un bagual de corazón ardiente de galas y de honores salvajes y sencillos, nacido en lo hondo del País Correntino. Me veo desmontando frente a la puerta antigua de un caserón de pueblo, en una calle que descendía hacia una laguna con arenas color de oro y sangre. Estoy golpeteando, con el cabo del rebenque, y preguntando por Gerardo Pisarello. Junto a mí, sin desmontar, están Antonio Cardozo y Pelí Ramírez. Aparece Gerardo, y detrás su madre, Doña Ulpiana, una ráfaga de historia política correntina. Toda ella poema y jerarquía de sueño antiguo. Fue la esposa de Ángel Pisarello, el caudillo más querido y poderoso que los liberales correntinos tuvieron en Saladas. Yo había golpeado esa puerta de fortaleza, que ni las ánimas se animaron a atropellar nunca en épocas de violencias políticas.

Aquella puerta había sido respetada hasta por el gaucho bandolero Olegario Alvarez (Lega) que hoy descansa en el cementerio de Saladas, en una tumba totalmente pintada de colorado, y el pueblo pobre le rinde homenaje. Después volví a Buenos Aires, para iniciar un período muy intenso de búsquedas, con aquellas sombrías pero ardientes sobriedades que he llamado "mi penal melancólico". De ese tiempo conservo una fotografía, tomada en el Colegio Nacional, donde se destaca el libro *La canción de amor y muerte del corneta Cristobal Rilke*, de Rainer Maria Rilke.

LOS RELATOS DE PELÍ RAMÍREZ

Pelí Ramírez, ¡gaucho de rostro indomalayo, el memorioso!, a diferencia de Teolindo, que era un lírico fabulador maravilloso, era más bien un hombre con una estupenda memoria, aunque, como todo gaucho, pudiera a veces fantasear un poco. Lo traté desde mi infancia en Caimán, y en 1955 se vino a vivir conmigo a mi rancho del estero Basualdo.

En largas noches invernales me contaba, entre mate y ginebra, algunos relatos.

EL NEGRO TACHO

"Tacho era muy quisquilloso, pero muy bueno. Tenía autorización de Don Narciso para pegarnos con un arreador cuando cometíamos travesuras peligrosas su papá, su tío y yo. Cuando yo no tenía permiso para salir de noche, me llamaba y me decía: «—*Perro homrre* [queriendo decir '*pero hombre*'], ensillá un caballo, tomá estos pesos y andá a algún baile, pero tenés que volver antes de que se levante Narciso». Cuando Tacho salía de paseo no se vestía como los peones. Se ponía pantalones estrechos, botas de charol, levita, galera marrón y espuelas de plata y oro. Bailaba muy bien, y las mujeres lo querían. Tenía bastante hacienda propia, que Don Narciso le autorizaba a marcar, con marca suya, cada vez que había yerra. Los fletes que montaba, eran de los mejores, con punta de sangre árabe."

UN VENDEDOR AMBULANTE Y EL BANDOLERO APARICIO ALTAMIRANO

"Un día llegó un turco viejo, amigo de Don Narciso, y temblando aún de miedo, le contó que lo había asaltado el bandolero Aparicio Altamirano —amigo de Don Narciso—, y decía: «—Salió de entre unos espesos palmares, me ordenó poner toda la mercadería sobre el pasto, y le dijo a los hombres de su banda que eligieran lo que quisieran. Cuando le llegó el turno a uno al que llamaban El Paraguayo, que era el único asesino que tenía con él, lo apartó de mí, y tomó él las prendas que el otro le pedía. Después, me pidió que hiciera la cuenta, hasta el último real, porque él era amigo de Don Narciso y me iba a pagar, porque sabía que yo también era amigo de aquél. Aparicio me puso una sola condición, que yo debía cumplir para no ser nunca molestado por su banda: debía proveerlo, cuando me lo encargara, de lo que necesitara comprar en el pueblo donde yo me surtía."

APARICIO

"Aparicio tenía una amante en las orillas del pueblo de Saladas, y ésta le contó que una comisión policial estaba en el pueblo, y al amanecer saldría a perseguirlo. Aparicio debía viajar por el mismo camino que ellos para reunirse con su banda. Muy temprano, le compró a un vecino de su mujer un gallo de riña, se vistió pobremente y salió. Cuando vio a la comisión, se acercó a ella y la saludó bien a lo gaucho. Llevaba el gallo de riña bajo un brazo. Siguió después viaje para el lado contrario al de la comisión, hacia unos grandes montes. A Aparicio lo mataron en el pue-

blo de San Roque. Estaba ya retirado de sus andanzas de salteador."

EL BANDIDO ÑAKIRÁ

"*Ñakîrá* (chicharra, en guaraní), era una gaucho alzado, que vivía en un albardón del estero Basualdo. Don Narciso lo sabía y todos los peones lo conocían, pero sólo uno de ellos se atrevió a delatarlo a la policía, que vino para prenderlo, sin poder encontrarlo. Pasaron dos meses, y un día notaron la ausencia del peón que lo había delatado. Salieron en su busca, y al llegar a un lugar muy montuoso y salvaje, encontraron, debajo de unas palmeras, los cadáveres, degollados, del peón y de su caballo." El lugar es una isleta, color de oro, conocida como *Arazá-Tĩ-Rincón* (lugar donde hay guayabos, en guaraní). Yo aludo a este suceso en el poema titulado "La Balsa Mariposa, 1", de mi libro *Llegada de un Jaguar a la Tranquera.* Cada vez que puedo —una vez lo hice con mi hijo mayor, Gaspar— visito ese lugar, que está en una península que penetra en el estero, con palmeras que parecen andantes y solares. Después escribí el poema "Llegada de un jaguar a la tranquera", en el que el jaguar-jinete es Gaspar.

BALTA GÓMEZ

"Un día recibí un telegrama de su padre, que estaba en Buenos Aires, en el que me pedía que, juntamente con el capataz, Baltazar Gómez (Don Balta), fuera con caballos a esperarlo a la estación de Saladas. El tren llegó a medianoche, y nos quedamos a dormir en el hotel, donde había

comida para los caballos. Nos levantamos temprano, tomamos unos mates y unos whiskys 'Caballito Blanco', y yo me enteré de que estaban allí dos jefes políticos menores, muy sinvergüenzas y peligrosos, acompañados de dos secuaces, y que debían hacer el mismo camino que nosotros a caballo. Cuando salimos, Don Pancho estaba un poco 'picadito' por el whisky. Al llegar a la costa de una laguna, donde empezaba el Camino Real, escuchamos un *sapucay* (alarido) de alguien que parecía estar en pedo. Era uno de los secuaces, y trataban de sujetarlo. Se acercó uno a nosotros diciendo: «—¿Qué tal, Doctor Panchito?» Y empezaron a hablar de política. De pronto el tipo pronunció la palabra 'legalidad', y Don Pancho no pudo contenerse y le rajó una puteada, diciéndole: «—Esa palabra no puede pronunciarla un político tan sinvergüenza y tan poco caballero como usted». El hombre no dijo nada, pero los secuaces se acomodaron como para una violencia. Fue el momento en el que Balta Gómez picó espuelas a su flete y se puso entre los tipos y su padre, con el rifle winchester en la mano y el facón debajo del cojinillo. Aquellos hombres sabían muy bien del coraje legendario de Balta, y de que además tiraba muy bien, y manejaba el facón como un diablo. Se arremolinaron, pegaron unos gritos, y se alejaron galopando."

LOLA CARDOZO

"Lola Cardozo estaba muy viejo y agonizaba en Caimán. Carmen Ramírez, su mujer, lloraba. De pronto Lola la llamó y le dijo: «—Si seguís llorando, cuando llegue al cielo, donde pienso construir un rancho para cada una de las mujeres que tuve en este mundo, no voy a hacer ninguno para vos.» Carmen se calmó un poco."

"Los autonomistas fracasaron en un intento de derrocar a los liberales, y en Concepción vivía un mayor retirado del ejército que había intervenido en el levantamiento. Era amigo personal de Lola, y le mandó una carta a Caimán citándolo con urgencia. Lola partió y Lugo le pidió que lo acompañara a huir, a través de las partes practicables de los esteros del Iverá, hacia Misiones. Salieron de madrugada. Lugo hacía tres noches que no dormía y, atando sus caballos, decidieron dormir en unos pajonales. Lola sentía remordimiento, porque él era liberal y estaba salvando a un adversario de su partido. Tenía que optar por degollarlo dormido, o abandonarlo en esos esteros. Optó por lo último, y se alejó al galope, dejándole su lanza al prófugo."

"Otra vez —después de otro levantamiento fallido— Lola recibió un llamado. Esta vez era de las hermanas de Lugo. Susana, la mayor, le contó que Lugo estaba refugiado en el Brasil, y que querían hacerle llegar libras esterlinas. Lola aceptó llevar el dinero. Les dijo que lo metieran en un gran pañuelo de cuello blanco, y que él se lo pondría —en bandolera— debajo de la camisa. En Paso de los Libres cruzó al Brasil, y llegó a la fonda donde paraba Lugo, entregándole las libras. El mayor le preguntó si se acordaba de dos emponchados, con cara de fascinerosos, que estaban en un rincón del comedor. Eran enemigos que lo tenían amenazado de muerte. Pero no pasó nada. Todos cuidaban su exilio. Se decretó una amnistía, y Lugo regresó a Concepción. Lola recibió una citación del juez de paz del pueblo, y concurrió al juzgado. Allí estaban el mayor y sus hermanas. Había fallecido su padre e iniciaban la sucesión de sus bienes. Susana le decía al juez que se debían descontarle al mayor aquellas libras esterlinas que le enviaron cuando estaba exiliado. El juez preguntó a Lola si esto era así. Lola, que se había dado cuenta de todo, y quería

ayudar a su amigo, contestó: «—Sí, yo llevé algo, pero como no acostumbro a revisar nunca lo que me confían, no sé si lo que llevé eran libras esterlinas o tortas de almidón estiradas». Susana pegó un salto y lo tomó de la garganta, como para ahorcarlo. Pero no hubo forma de probar que habían sido libras esterlinas lo que llevó."

MAXIMIANO CÓCERES

"En Caimán vivía Maximiano Cóceres, que primero fue mucamo, y después un aseadísimo cocinero de los peones y ordeñador de las lecheras. Era muy religioso. Tenía cerca de cien santos en un altar en un cuartito pegado a su dormitorio, donde había permanentemente encendidas grandes velas. Se levantaba temprano y se dirigía al corral a ordeñar. Los peones tenían en ese corral un jarro de estaño, colgado de un gancho, donde cada amanecer, antes de salir hacia los potreros, Maximiano les servía leche recién ordeñada. Era muy afecto a criar niños desamparados, y tenía siempre dos o tres en la estancia. Contaba que cuando era joven hizo un intento de casarse con una moza. Cuando el cortejo de jinetes y carros lo acompañaba hacia la iglesia del pueblo, tuvo un miedo terrible al casamiento, y argumentando que iba a invitar a un conocido, dobló una esquina y le metió galope hasta unos lejanos palmares. Allí se quedó dos meses y regresó a Caimán. Cierta vez que había un gran comité político en la casa de Cayetano Obregón en el poblado de Tabay, Maximiano partió para hacer pasteles y ayudar en la cocina. Caimán había contribuido con vaquillas y caballos para hacer propaganda en los ranchos. Empezó el baile y estaba llena la cancha de hombres y mujeres, cuando de pronto se escuchó la voz de una mu-

jer que gritaba: «Taitita, mirá, allá está el pollo que no quiso comer el maíz y se escapó del casamiento». El padre de la moza, que lo había reconocido, y uno de sus hermanos, corrieron a Maximiano a latigazos, hasta que se metió en un cuarto donde había santos, y lo defendieron unas viejas, hasta que el caudillo ordenó que toda esa historia terminara."

"Cierto día en que había una gran fiesta en Caimán, llegó el cura del pueblo para bautizar niños del lugar. Su tío Eduardo decidió hacerle una broma, y se trepó al techo del garaje, donde el cura estaba bautizando. Descubrió un agujero en las tejas y juntó frutos de paraísos, y en el momento en que el cura estaba diciendo: «—Terencio Miño, ¿renuncias a Satán?», a un niño por bautizar, su tío le tiró semillas de paraíso, que cayeron sobre la cabeza del sacerdote. Cuando éste se quejó, Maximiano salió a recorrer los alrededores y descubrió a su tío sobre el techo. Lo hizo bajar, lo increpó, llamándolo infiel, y entonces él le dijo: «—No es así la cosa. Fijate que las semillas del paraíso le cayeron al cura en la cabeza justo cuando él pronunciaba la palabra Satán. Lo que hice fue atacar al Diablo». Un poco más tarde, llamó a Maximiano y le preguntó: «—¿No sabés si hoy van a venir a la fiesta Don Eulogio Ramírez y Don Lacú Parí?» Estos eran ya finados. Maximiano, persignándose, exclamó: «—¡Por Dios Bendito, este señor ya ni a los muertos respeta!»."

En el año 1962, acompañado por Antonio Cardozo, fui al boliche que tenía Maximiano, al borde de un antiguo Camino Real. Allí mi tío les cedió, a él y a un grupo de expeones de Caimán, un pequeño campo, que tenía el nombre de *Reducción*, después que se vendió Caimán.

Cuando llegamos, estaban de fiesta. Maximiano, vestido de blanco, oficiaba de cura y bautizaba a los niños. Se

bailaba y bebía al son de guitarras y acordeones, cuando vimos llegar a la tranquera a un gaucho desconocido. Tenía un hermoso rostro y una larga y blanca melena, que sostenía con una vincha celeste. Maximiano le dijo: «—Apéese.» El hombre bajó, y al tocar tierra, cayó muerto. De inmediato se formó un coro de rezadoras y lamentadoras, encabezadas por Maximiano. Había un gaucho, muy aindiado, que se lamentaba, y tirándose al suelo se tiraba de los cabellos. Nadie conocía al muerto.

Dos años después, me enteré que Maximiano había muerto.

LAS REVISTAS LITERARIAS, OLIVERIO GIRONDO, LOS CAFÉS

Con Mario Trejo conocimos, en casa del diplomático y poeta chileno Antonio de Undurraga, a Juan Ramón Jiménez, que llegó con María Elena Walsh.

Los poetas Jorge Enrique Móbili y Wolf Roitman me invitaron a conocer a Edgar Bayley, Raúl Gustavo Aguirre y a otros integrantes de la revista *Poesía Buenos Aires*, que estaban almorzando en un restaurante. Hacían 41 grados. Cuando llegamos, se levantó Bayley y me puso una mano sobre el hombro diciendo: "Servite esta copa de vino feudal, como dice Enrique Molina". Al poco rato me contó que el escultor Jorge Souza, a quien apodaba "el marqués", era dueño de tierras en Portugal. Era un invento suyo, de gran fabulador. Pero su personaje más importante es el Doctor Pi Torrendell. Según me contó Matilde Schmiberg, existió. Lo conoció en un bar de Río de Janeiro. Un borrachín que usaba antiparras y al que Edgar le pagaba algunas copas. Aunque Bajarlía tiene otra versión.

En aquel almuerzo, Rodolfo Alonso y yo éramos los más jóvenes, al igual que Ramiro de Casasbellas, Osmar L. Bondoni, Luis Yadarola, Nicolás Espiro. Yo nunca formé parte del grupo *Poesía Buenos Aires*. Era amigo de Bayley, Móbili, Alonso, Souza, Bondoni. No podía dejar de mantener relaciones con un grupo que luchó, tan lúcidamente, para difundir la poesía contemporánea, y de otras épocas.

Ardía diciembre de 1954 y paseaba yo con el poeta Carlos Latorre por la calle Florida, cuando nos encontramos con Oliverio Girondo, que estaba de traje blanco y un gran sombrero, lo que le daba un aire finamente agauchado. Cuando Latorre me lo presentó, me miró sonriente y me

dijo: "—Caray, ¡qué cara de comisario de campaña que tiene usted, che compañero!" Usaba la palabra compañero al estilo de la campaña. Caminamos entre deslumbrantes mujeres y entramos a la confitería y bar Jockey Club, de Florida y Viamonte, donde estaban: Aldo Pellegrini, Enrique Molina, Edgar Bayley, Mario Trejo, Julio Llinás, Alberto Vanasco, Juan Antonio Vasco, Mary Luz Luna (mujer de Latorre, una talentosa escultora). En otra mesa se veía a Ricardo Molinari, Alberto Girri, Jorge Capello, Héctor Murena, Viola Soto.

Estos encuentros se continuaban en bodegones de las calles San Martín y 25 de Mayo, el bar *Florida*, de Viamonte y San Martín, donde concurrían estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, Ignacio Beola, Jaime Zapiola, Juana Ciesler, Basilia Papastamatíu—que después se marchó para las Antillas— de la revista *Airón*; Joaquín Giannuzzi, uno de los más valiosos poetas argentinos, Rodolfo Alonso, Juan José Hernández, excelente narrador y poeta, Elizabeth Azcona Cranwell, a la que me unió una cálida amistad. Cierta vez me invitó a la estancia de una amiga en Las Flores. Cabalgamos, y el caballo se le desbocó, pero logré agarrarlo de las riendas. A la narradora Libertad Demitrópulos la conocí allá por 1949 en la confitería *La Perla*, del Once.

En el café *El Chambery*, de Córdoba y San Martín, se reunían poetas, escritores, plásticos, músicos, y allí se planeaban revistas, como *A partir de cero, Letra y Línea, Boa, La Rueda, Zona de la poesía latinoamericana*. Concurrían entre otros Luis Justo; la pintora Lina Dolorini; su hermana Alba, que apoyaba y ayudaba, con su belleza noble y resplandeciente, a organizar actos poéticos y exposiciones de pintores y largas cenas; Silvia Valdés, traductora de poetas surrealistas; Juan Andralis, poeta, pintor; Gianni Siccardi, Osvaldo Svanascini, Martín Micharvegas,

Raúl Santana, Juan Carlos Paz, Rolando Mañanes, Freddy Martínez Howard, Ignacio Colombres y Ester, su mujer.

A PARTIR DE CERO

En 1952 apareció la revista *A Partir de Cero*, bajo la dirección de Enrique Molina. En el número 1 Molina escribió:

«La poesía argentina suspira todavía oprimida por sus artilugios de ortopedia. Sometida al pesa de la tradición poética española más superficial, sólo de tanto en tanto algún suspiro de nostalgia por la libertad se escapa de sus fauces de bestia domesticada. Hoy como nunca es necesario abrir de una vez las esclusas para recuperar el aire de las cavernas de la gran poesía. [...] Una línea viva y permanente de la más honda poesía ha apuntado siempre hacia esa meta, desde el gran romanticismo alemán hasta las deslumbrantes experiencias del surrealismo, cuyas conquistas ha llegado el tiempo de capitalizar.»

Entre los integrantes de *Poesía Buenos Aires*, y en especial entre Edgar Bayley, por un lado, y Aldo Pellegrini, surgieron diferencias en torno a la vigencia y sentido del surrealismo, que terminó en una cálida reconciliación, con la aparición de la revista *Letra y Línea*. Años después, Edgar reconocía los valores permanentes del surrealismo, aunque con la necesidad de una permanente apertura.

Todas estas diferencias y discusiones me alimentaban, pero nunca me sentí incondicional de ninguna corriente estética o política. Eran muy fuertes las contradicciones que yo tenía entre las imágenes de mi campaña arcaica y las imágenes que me surgían en rebeldía contra la gran ciu-

dad, sus iniquidades, impostaciones y desprecios. Mitologías de una naturaleza salvaje me hacían desconfiar de toda sujeción a poéticas y políticas. Mi adhesión. en líneas generales, al surrealismo, jamás fue vergonzante. Siempre reconocí que este movimiento fue valiente, lúcido y apasionado en su aptitud de rebelión contra la hipertrofia del racionalismo, y en su defensa de los fueros de la poesía, en años de grandes deformaciones practicadas en el nombre de una falsa posición "realista" o "social", de falsos humanismos lamentadores y optimistas a la fuerza.

En la historia de la literatura argentina se recordarán siempre revistas como *Ciclo, Contemporánea, Sur, A Partir de Cero, Letra y Línea, Macedonio, Boa, Interlínea, Vigilia, Airón, La Danza del Ratón, Zona,* porque a más de haber aportado documentación de primera mano, defendieron a la poesía, al igual que *Último Reino*, que sigue haciéndolo.

LA CASA DE OLIVERIO GIRONDO

Alguna vez dijo de Girondo Ramón Gómez de la Serna: "Hay una creación girondina, girondesca, girondiana, en que está marcado el imperio de lo argentino y que sólo un legítimo descendiente de los caudillos y de los primeros terratenientes, podía hallar con pauta tan categórica. Ya en Europa, antes de conocer América, había encontrado por primera vez en Oliverio con seducción, lejos de doctores antiparrados y de personajes oficiales de exagerada carátula".

En su casa de la calle Suipacha 1444, donde vivió con Norah Lange, conocí, entre otros, a Miguel Ángel Asturias,

a quien Oliverio llamaba cariñosamente *El Zapoteca*, con su mujer Blanca Mora y Araujo y una hermana de ésta, la más grande amiga de Girondo: la bellísima correntina Lila Mora y Araujo; Pablo Rojas Paz y su mujer; Lisandro Galtier, Xul Solar, Alejandra Pizarnik, Rómulo Macció, Osvaldo Borda, Celia Gourinski, Eduardo Calamaro, Juan Filloy, José María Gutiérrez, Ramón Gómez de la Serna, Luisa Sofovich, Enrique Lucas. Entre otros recuerdo a Enrique Molina, Carlos Latorre, Julio Llinás, Marta Peluffo, Olga Orozco, Amalia Cernadas, mi mujer en ese tiempo, cuyas poemas y pinturas a Oliverio le gustaban mucho; Edgar Bayley, Matilde Schmiberg, que tocaba el piano cuando Norah Lange tocaba su legendario acordeón; Raúl Gustavo Aguirre y su mujer Marta; Aldo Pellegrini, Mario Trejo, Alberto Vanasco, Juan Antonio Vasco, Juan José Ceselli, Alfredo Martínez Howard y Aída Garfunkel; Clara Fernández Moreno, Rodolfo Alonso, Carmelo Arden Quin, Jorge Souza, Alfonso Sola González, Elvio Romero, Graciela Maturo, Sigfrido Radaelli, Amalia Lucas; el físico Manolo Bemporad, el narrador venezolano Adriano González León.

El famoso ESPANTAPÁJAROS, que ilustra un libro de Girondo, se encontraba en la parte superior de la escalera de entrada a la casa. Valiosos cuadros originales de famosos pintores, objetos preincaicos de oro. Cuadros originales de Figari, al que el padre y un hermano de Girondo ayudaron mucho, cuando éste abandonó el Uruguay.

Allí concurían, además de artistas en general, personas ligadas a cuestiones políticas. Su postura, libre de xenofobias, era la de un gran señor que defendía al país.

Cierta madrugada salimos de su casa Olga Orozco, Amalia Cernadas, Víctor Chab, José María Gutiérrez y Marta Peluffo. Caminábamos por la Avenida Libertador hacia Retiro, cuando se me ocurrió pegar un fuerte grito

correntino. La policía nos paró y nos llevaron presos, hasta que llegó Girondo con un abogado. La noche la pasamos en un calabozo, y Olga Orozco cantaba, en voz muy alta, tangos que las prostitutas de calabozos vecinos celebraban con aplausos y gritos.

Una noche Oliverio me recibió para leer y observar ciertas construcciones idiomáticas en los poemas de mi libro *Las jaulas del sol*. Conservé mucho tiempo esas correcciones. En esos días se planeaba la publicación de las revistas *Letra y Línea* y *A partir de cero*, y a veces nos reuníamos en lo de Girondo.

Lo más inolvidable de él, aparte de su gran cultura poética y plástica, es la solidaridad que tenía con todos aquellos que no fueron impostados. Su capacidad de cólera frente a la iniquidad y la estupidez era legendaria. Con humor, fuego e imaginación nos relataba cosas de su vida de viajero por Europa, donde cenó, entre otros, con James Joyce.

Son inolvidables las noches en que Oliverio se reunía con Enrique Molina, cuando traducían *Una temporada en el infierno* de Rimbaud. Después de trabajar en el escritorio, se incorporaban a la mesa de la cena. El gran actor José María Gutiérrez cantaba antiguas canciones españolas o leía poemas.

Entre las cosas que escuchamos a Oliverio recuerdo la referida a Rubén Darío. El padre de Girondo invitó a este poeta a cenar en su casa de Florida y Lavalle. Pero no llegó, y pasada la medianoche salieron en su busca. Lo encontraron, totalmente ebrio, sentado como una esfinge, en el bar *Aue's Keller*.

Pocos años antes de su muerte, Oliverio tuvo un accidente, y debió soportar una operación al cerebro. Cierto día, me llamó por teléfono. Cuando llegué estaba en su escritorio. Norah había salido. Sacó una billetera y me dijo:

"—Yo sé que usted conoce el Paraguay y sus mujeres. Quiero ir a Asunción. Saque un camarote para usted y otro para mí en el vapor fluvial de la Carrera, pero no le diga nada por ahora a Norah". Entró con un whisky su inolvidable mucama Nélida, y al rato decidí retirarme. Al llegar a la escalera de salida apareció Norah, que había llegado y escuchado todo. Me pidió la billetera y me dijo que desapareciera, por lo menos quince días. Él me llamaba por teléfono, pero yo no lo atendía. Estaba furioso. Después que murió, escribí un largo poema sobre un viaje imaginario con él al Paraguay.

La primera vez que vino a Buenos Aires el mimo francés Marcel Marceau, Oliverio planeó una cena en su honor, donde él le enseñaría a bailar el tango. Enrique Molina, Julio Llinás y yo teníamos como amiga a una brasileña maravillosa, llamada Marcia, que ofreció su departamento para tal reunión. Oliverio decidió cocinar arroz con langostinos, y me pidió que fuera su ayudante de cocina. Yo, olvidando que siendo muy joven había tenido una intoxicación con langostinos, probé uno o dos, para ver su estado de cocción. Recordé aquello, y le dije a Oliverio: "—Dentro de cinco minutos voy a estar totalmente hinchado. Por favor, avise a Aldo Pellegrini", que estaba allí, y que además de poeta y crítico de arte era médico y director de la Cruz Azul. De inmediato Pellegrini me llevó en su legendario automóvil. Llegamos a la Cruz Azul a medianoche. No había el remedio indicado y Pellegrini furioso comenzó a dar patadas contra las vitrinas de remedios. Finalmente me llevó a un hospital, y a las tres de la mañana volvió a buscarme. De regreso a la fiesta me sentaron, en medio del baile, en un gran sillón.

De aquel estupendo Oliverio Girondo me quedó su poncho criollo, marrón clarito. El mismo que usaba para viajar a su campo cerca de la Laguna del Tordillo, más allá de

Dolores. A Amalia Cernadas le quedó su viejo sobretodo negro.

Cuando murió, yo estaba en La Paloma, Uruguay. Al amanecer estaba por embarcarme de regreso y compré el diario *La Nación*, de Buenos Aires. Me enteré que lo habían sepultado en la Recoleta. A Norah Lange, la seguimos visitando sus amigos hasta la muerte.

LETRA Y LÍNEA

En 1951 me interné en las llanuras correntinas, donde viví dos años, pero viajaba a Buenos Aires y pude unirme al grupo de poetas, escritores, pintores, escultores, cineastas y músicos que se nucleó para publicar la revista *Letra y Línea*, cuyo primer número apareció en octubre de 1953, bajo la dirección de Aldo Pellegrini. Me ayudó mucho y fue el primero que me editó un libro, *El Pequeño Patíbulo*, en 1954. Yo participé publicando algunos poemas.

En ese número apareció una nota de Enrique Molina sobre el poeta negro-francés-antillano de La Martinica, Aimé Cesaire, de la que transcribo este fragmento:

«Pero Aimé Cesaire se halla muy lejos de la llamada «poesía social», fruto de un espíritu reaccionario incapaz de comprender que es imposible reducir la verdadera poesía a la categoría de un epidérmico excitante elaborado con un tema político. En cambio es la suya verdadera poesía social en el sentido que lo es la de un Whitman o un Vallejo, por la profundización de su subjetividad hasta llegar a reconquistar en ella todo cuanto es desechado, frustrado, negado por una moral equívoca, un orden mental que de-

forma toda personalidad y una sociedad que engendra en su seno la mayor injusticia.»

EL MAR DE LOS CASTILLOS

En 1958 viajé a Montevideo, donde Amalia Cernadas tenía sus amigos argentinos: la escritora Beatriz Doumer y su esposo, el pintor Ayax Barnes, que con sus hijos son hasta hoy amigos míos, en especial Guillermo Barnes, escritor y poeta semioculto, con quien viajé varias veces a Corrientes y recorrimos algunos esteros. La talectosa actriz Rosa Claret fue una de las personas que conocí ese año.

Alquilé un rancho en el balneario Costa Azul, en el departamento de Rocha, y avisé al pintor Freddy Martínez Howard y a Marina Girondo, sobrino de Oliverio, que inmediatamente viajaron a Costa Azul, y dimos así comienzo a la larga fiesta junto al mar, que los españoles coloniales llamaban Mar de los Castillos. Por influjo nuestro fueron pintores y escritores: Ignacio Colombres y Ester, Enrique Molina con Genoveva Benedit; Molina escribió allí varios poemas, uno de los cuales se publicó en el diario *La Nación*.

LA TROMPETA DE DON ASCANIO

A fines de 1965 fuimos a una cabaña que yo tenía en la playa La Aguada, junto al mar. Con Edgar Bayley y Matil-

de convinimos en que llegarían allí el 31 de diciembre, y que los esperaríamos con un asado y otros amigos de Buenos Aires. No pudimos esperarlos en La Aguada y dejamos avisados a unos vecinos que cuando llegaran los enviaran a Costa Azul, a la casa de una amiga, la ceramista uruguaya Somnia Sosa. Edgar se equivocó de ruta, fueron a parar a las sierras y llegaron a La Aguada a medianoche.

El pinar era una tiniebla y empezaron a gritar mi nombre, hasta que de pronto vieron una luz y una puerta que se abría, apareciendo un hombre que no contestó nada cuando le preguntaron si me conocía, y se metió en la casa, para reaparecer enseguida con una gran trompeta en la mano, a la que hizo sonar. Llamó a un muchacho y éste dijo que yo estaba en la casa de la ceramista en Costa Azul.

Edgar, estupendo inventor de personajes: escribanos vestidos de azul marino, sastres, obispos misteriosos, mujeres morochas, muy bellas y extrañas, inventó para el trompetista el nombre de Don Ascanio, y se propuso volver a encontrarlo, y para buscarlo nos invitó a Freddy Martínez Howard y a mí. Pero siempre que llegábamos al lugar donde decían que se encontraba, acababa de marcharse, y nunca lo encontramos. Unos años más tarde escribió un poema titulado "La Trompeta de Don Ascanio o La Cabaña de Madariaga", que salió publicado en uno de sus libros. Edgar y Freddy se confabularon para inventar toda suerte de sucesos, especialmente sobre las desdichas de un hombre del lugar, al que llamaron Mag, maniático al extremo.

Los personajes, algunos de los cuales también conocieron Enrique Molina y su mujer Genoveva, eran casi increíbles. Desde La Paloma hasta las barras del Chuy uruguayo y brasileño, éramos amigos de pulperos, y en los días de carreras cuadreras nos juntábamos con gauchos de ponchos blancos o colorados, en campos junto al océano, bajo cielos esmaltados y móviles, con mariposas y gaviotas, y

con el cantar de los hombres de esa tierra de maravillosa galanura.

Conocí en La Paloma a la poeta platense María del Rosario Tabárez y a una amiga suya. Las invité a cenar a mi cabaña de La Aguada. Esa noche dormimos los tres sobre un médano junto al mar, que estaba totalmente iluminado por millares de luciérnagas.

Conocimos en Costa Azul, además de a Somnia Sosa, a sus hermanas y a un hermano de nombre Dusty, a Juana Vázquez y su esposo, que tienen un almacén, y un pequeño bar anexo, donde por las noches se juntaban muchos hombres muy populares del lugar y contaban toda suerte de sucesos del mar y la campaña. Enrique Molina era un concurrente de ese lugar. Edgar Bayley pronunció unas palabras cuando la inauguración de la Casilla de Alexandro, con parrilla y bar sobre el océano. Freddy, desde que llegó por primera vez a Costa Azul, se hizo amigo de los dueños de una carnicería y un campo pegado al balneario, de apellido izaguirre. El bar de Liber, con billares, frente al mar, era otro de nuestros refugios.

En La Paloma recorríamos los bares con el auto de Edgar. En especial el del Hotel Bahía, cuyo dueño y el mozo eran nuestros amigos. Una vez en el Bahía nos dijeron: "Los vimos salir del bar de... No vayan más allí. Su dueño hace poco que salió de la cárcel. Estuvo preso por haber matado a un hombre, al que tuvo escondido varios días en la heladera, esa que ahora tiene en uso". Edgar y yo habíamos comido salame, queso y vino en ese negocio, mientras Edgar me decía que él estimaba que habían en la Argentina unos tres millones de "poetas".

En esos bares nos reuníamos con un extraño escultor, el capitán Domínguez, retirado de la Marina Mercante, que había traficado en los mares del Caribe armas para los enemigos del dictador Pérez Jiménez, de Venezuela. En el

puerto de La Paloma, sobre la escollera, había un pequeño restaurante de Lucho, un escultor primitivo del lugar. Cierto mediodía en que estábamos comiendo allí Freddy Martínez Howard, Edgar Bayley y yo, Edgar, que se había levantado, descubrió en la cacerola que estaba en el fuego una brocha de afeitar.

Cierta día bebíamos en la playa "caipirinha" con unas amigas, Grey y Estrella. Después entramos a un boliche, y apareció un gaucho muy alto, de 90 años, Don Atanasio, que traía su guitarra al hombro. Tomó sólo un vaso de vino y empezó a cantar viejos motivos de la campaña uruguaya. Nos contó a Enrique Molina y su mujer, a Freddy Martínez Howard, a mi hijo Gaspar y a mí, que su abuelo había sido lancero del legendario general Aparicio Saravia, caudillo blanco, y que éste y su escolta usaban caronas de cuero de tigre. Un tiempo después escribí un poema que titulé "Carona de cuero de tìgre (Homenaje a la Banda Oriental del Uruguay)".

Un periodista uruguayo, partidario del partido Blanco, me contó algo que tampoco he podido olvidar: cuando murió el general Fructuoso Rivera, caudillo colorado al que sus gauchos adoraban, se decidió llevar sus restos en carreta hasta Montevideo, dentro de una caja de lata, llena de "caña de las pulperías". Cada tanto se detenía la carreta, y el gauchaje que la acompañaba se acercaba a ella y con sus guampas recogía un poco de la caña donde iban sus restos, y se la tomaban, diciendo: "Pa'tener el coraje que tenía Don Frutos".

Invitados por Freddy y por Susana Chamizo, conocieron Costa Azul el narrador Ricardo Piglia y su mujer, el músico Gerardo Gandini y la artesana en vitraux Carmen Ezcurra. El poeta Julio Salgado y su mujer, leticia González, fueron en dos oportunidades, al igual que mis tres hijos, y mi actual mujer, la poeta y plástica Élida Manselli.

Mi hijo menor, Lucio, es un ferviente amigo del océano abierto-verde-overo-celeste-nacarado.

AMIGOS QUE CONOCIERON MI CAMPAÑA

En 1951, el escritor Enrique Wernicke fue el primero que viajó conmigo al campo. Era un gran jinete. Viajamos hasta Corrientes en el Vapor de la Carrera y nos acompañaba Gerardo Pisarello. En el barco viajaban unas mujeres correntinas. Cuando Pisarello se retiraba a dormir a su camarote, nos juntábamos con ellas en la cubierta. Cuando bajamos en el puerto de Corrientes, las invitamos a pasear con nosotros, y fuimos a almorzar a un hotel que se llamaba "La Sirena". Su dueño había criado guacha a una enorme boa Curiyú, a la que llamaba Juanita. Esta a veces se metía debajo de las mesas del comedor y se enredaba en las piernas de algún pasajero, provocando gran escándalo. Advertí bien sobre esto a Wernicke y a las muchachas y no pasó nada. Las muchachas siguieron viaje para el interior de la provincia. El humor y simpatía de Enrique era estupendo, y no hubo pulpería cercana al campo que no visitáramos.

La poeta Halma Perry, de Buenos Aires, llegó un día al rancho, acompañada por el pintor Roberto Vercinsky. Halma me pidió un caballo, se desnudó y, montando, se dirigió a la laguna, cruzando las plantaciones de tabaco, llenas de cosecheros. Causó asombro la aparición de la jinete desnuda. Cuando se metió al agua, se veían a los peones espiando en la costa. Un viejo llamado Colá Jara no pudo contenerse y se acercó a la laguna. Halma lo vio, lo llamó y lo

hizo bañar con ella. Después volvieron al rancho y se tomaron unas ginebras. Esa noche Cardozo y yo invitamos al gauchaje y a mujeres de las vecindades. Con guitarras, acordeones y faroles se armó un baile. Unos borrachos metieron machetazos a los acordeones y los faroles, y quedamos en tinieblas, en medio de un griterío de mujeres y sapucay belicosos de los hombres. Sólo se pudo poner orden cuando el inglés Juan Roberts, apareció con su pistola, yo con un rifle winchester, y Cardozo con una bayoneta. Se reinició el baile hasta que regresó Halma, muy sonriente y toda mojada, porque se había tirado a nadar en la laguna, bajo una inmensa luna. Así nos sorprendió el alba, que encendía de oro todo el estero.

En 1958 viajé al campo, desde Buenos Aires, acompañado por tres amigos: una joven de largas trenzas rubias, de nombre Marina Girondo, sobrina del poeta Oliverio Girondo; el ingeniero Roberto Borja y Eduardo Paglialunga.

En mi rancho vivían Pedro Liberato Ramírez y Nicolás Jara (Don Colá).

Don Colá: Eras puro, casi infantil, como los soles negros y adorantes que iluminaban Las Cabañas de la Vida, en un lejano Congo. La serpiente de labios engañosamente verdes de la muerte, se destruía en tu mirada.

Mi gaucho negro, de "tirador" ladeado, que te llegaba a los pies. ¡Tus pies, que eran la puma de los colores del barro! Mi resplandeciente Secretario del Tiempo de las Ensoñaciones, cuando cantaba el vino ardiente en el palmar, o la luna era una sangrarada blanca en la guitarra de tu alma. Alma blanca, como la de tu madre, que un día fue hechizada por un jinete negro, de chapeado brasilero, con espuelas que parecían alas de palomas de platas amarillas, erguido sobre un caballo de Río Grande del Sur, que llegó a la campaña correntina de la fiesta.

Cuentan que la guitarra y el mandolín coralino del cie-

go Valle Ramírez, envolvieron a la pareja y la fueron sacando de la fiesta, de entre la marejada de espuelas, de machetes y del poncherío de colores: celestes, colorados, verdes... Después naciste tú, y fuiste tropero y de rodeo. Paseábamos a caballo, como en estado de oro, por las lagunas, los palmares, las pulperías, las funciones, las carreras de caballos, los velorios. Hablábamos muy poco, en guaraní, o en alguna que otra palabra que sabías de "la castilla", pero nos cruzábamos miradas resplandecientes para aventuras. Los dos pertenecíamos al sueño abierto y nos aliábamos con la *Pora* (ánima, fantasma) blanca y positiva que, me decías, tiene la palmera *yataí*, y también con la otra, la del agua.

¿Te acuerdas de aquella rodada mía con aquel bagualito llamado *Llamarada*, a la salida de una fiesta. Nos acompañaban Marina Girondo, Roberto Borja y Eduardo Paglialunga. Marina bailó con el capataz de *Cabral-Cué*. La fiesta era en el rancho de Kiyú Fernández, que fue tropero y domador suave. ¡Cómo volábamos aquella madrugada, con los caballos cubiertos de rocío, entre una neblina que cubría los palmares. Tú, Colá, tratabas de sujetar, agarrándolo por el sangrante freno al caballo desbandado de Marina... ¡Qué entrevero en el palmarerío de la pre-alba paulatina! ¡Oh, Colá Jara, que no adoraste ningún ponchillo que no fuera celeste! Correntino por expansiones dolorosas y antiguas del africano Río Congo hasta las costas del Brasil, y que, con tu padre, llegaron a las aguas abismales, sangrantes, y de delicado y fuerte alimento, del estero guaraní correntino.

Hoy siento que mi corazón, un poco vareado por las aguas, recibe la puñalada de tu acero de amistad. Y una niebla bordoneada me amortaja con tu pañuelo celeste.

Un día del año 1963 llegaron a la estación Saladas el narrador y poeta Alberto Vanasco, y Esperia Berenguer, su

mujer en ese tiempo. Vanasco escribió una crónica de este viaje en la revista *Zona de la poesía latinoamericana*.

En una oportunidad, después de un Congreso de Escritores, Edgar Bayley y yo viajamos en automóvil hacia mi rancho. En medio de los palmares Edgar saltaba, diciendo que lo atropellaban las víboras. Después escribió un largo poema titulado "El Viaje", donde introduce un personaje que no fue con nosotros, al que llama Ricardo. También me visitó la poeta María del Carmen Suárez, y conoció a mi amiga Primitiva Medina, con la que tuvo una larga consulta secreta. Para regresar, tuvo que viajar bajo una torrencial lluvia, en un carro descubierto hasta tomar un colectivo.

Los poetas María Julia De Ruschi Crespo, Ricardo H. Herrera y Juan Gustavo Cobo Borda, agregado cultural de Colombia en la Argentina, viajaron conmigo al campo. Llegamos un domingo temprano y el auto se empantanó frente a un boliche que estaba lleno de gauchos bebidos, algunos dormidos al costado de sus caballos. Salió un mulato a los saltos y con los brazos en alto, saludó a todos y a Cobo Borda le tocó la cara. Después me dijo al oído: "¿Cómo es que este gringo, si es colombiano, habla en *la castilla*?" Él creía que en Colombia no se hablaba el español.

Julio Salgado, cuya amistad me hizo redescubrir partes ocultas de mis palmares.

FREDDY MARTÍNEZ HOWARD

Un otoño el pintor y dibujante Julio A. Martínez Howard (Freddy) me visitó por primera vez en el campo. Llegó a Santa Rosa y preguntó por un señor a quien apodaban Esponja, que tenía un cochecito de alquiler. No lo encontró y tuvo que recurrir a otro, que lo llevó adonde yo vivía, en un auto que no tenía piso en la parte de atrás, por hallarse en compostura. Había llovido, el camino estaba lleno de agua y al cruzar los charcos, el agua lo mojaba. Así llegó hasta la casa de mi hermana, donde yo me encontraba cenando. Serían las diez cuando sentimos un ruido en la pieza contigua al comedor. Era Freddy, que entró a ese cuarto sin avisar. Antonio Cardozo tomó un rifle Winchester y estuvo a punto de matarlo. Cenamos y salimos hacia una pulpería colmada de gauchos borrachos. Pedimos una botella de vino y nos quedamos junto a Pelí Ramírez, que estaba sentado en un banquillo, y junto a él, arrodillado, vimos a un gaucho joven que le pedía vino y la bendición. De golpe vimos entrar a un gaucho alto y fuerte, que se paró en la puerta, pegó un formidable *sapukai*. Era un domador amigo mío. Se dirigió a Freddy y le preguntó si era porteño. Él le dijo que no, que era entrerriano, y el tipo le dijo entonces: "Peor aún". No pasó nada, y de allí nos fuimos a un velorio, en el rancho de mi amiga Primitiva Medina. Freddy estaba envuelto en una capa de gaucho brasilero, que había sido de mi padre. En un momento en que estábamos bebiendo, escuchamos que decía un gaucho: "La *pora* del agua tiene mucha vista para el caballo blanco, y se la suele quitar al dueño cuando pasan a nado alguna agua", (*Pora*: fantasma.) Al amanecer, partimos para el rancho. Pelí estaba muy borracho. Yo iba dormido, cabalgando.

Una noche de junio de 1967 dormíamos en el rancho Pelí y yo, cuando sentimos una voz de mujer que, desde los palmares gritaba: "Francisco, soy yo, Elizabeth". Vimos la luz de un automóvil que se acercaba. Llegaban amigos desde la ciudad de Las Piedras, del Uruguay. Dos muchachas y dos hombres jóvenes.

La conocí en enero de 1967, en la ciudad balnearia La Paloma, del Uruguay, una tarde en que estaba yo con Edgar Bayley en el bar "Bahía Chico". En la actualidad seguimos siendo amigos, al igual que con su esposo Eduardo y sus tres hijos.

En el campo paseamos por los palmares, las lagunas, y los llevé a conocer el anchuroso y rosado río Santa Lucía.

MEDIODÍA EN UN REMATE DE HACIENDA

En 1979 viajamos en automóvil el ingeniero Roberto Borja, mi hijo Gaspar y yo. Llegamos a Santa Rosa y nos surtimos de alimentos, vinos y ginebras. Allí nos enteramos de que en la estancia Caimán se llevaría ese día a cabo un gran remate de hacienda. Partimos hacia ese lugar. Los corrales se encuentran muy cerca del estero Trapiche-Cué. Nos encontramos con gauchos, que conocía desde mi infancia: Pelí Ramírez, el valiente, que lloró cuando nos acercamos y le tendimos un vaso de whisky. Entre los que estaban preparando los asados, me encontré con un mulato vi-

goroso, ya viejo, alto y sonriente, llamado Luis Ramírez, pero le decían Luicho Merlo, que tenía un gran poncho colorado. Yo no lo veía desde mi adolescencia. Fue una mañana gloriosa y llevamos con nosotros a Pelí hasta mi rancho.

Vinieron también al campo Eduardo y Carlos Paglialunga, Gabriel Barnes, el actor José María Gutiérrez, con quien nadé en la laguna. Estaba filmando la película *Argentino hasta la muerte*, con Thelma Biral y Lautaro Murúa.

En el pueblito de Santa Ana contratamos a unos gauchos troperos, que estaban en una pulpería, para una escena en la que Thelma Biral era conducida, detenida, en una carroza. El gauchaje debía seguir a la actriz y, en un determinado momento, simular un ataque a su carruaje. Los jinetes, que estaban borrachos, atacaron en serio al transporte de la detenida, golpeando con sus rebenques a los conductores. Hubo que calmarlos. Yo intervine a los gritos en guaraní.

Una noche llevé a José María a conocer a una viejecita india, Aguicha, que nos recibió fumando una gran pipa de madera negra, y compartimos una cena que nos preparó su nieta, que parecía salida de los cuadros de Gauguin en la Polinesia.

MI COMPADRE JUAN ROBERTS

Por aquellos años, en Caimán, estaba como mayordomo un inglés, Juan Roberts, casado con Tona, una maestra correntina, del que tanto yo como mi mujer nos hicimos muy

amigos. El resultó padrino de mi hijo Gaspar en la capilla histórica del pueblo de Concepción. Una mañana pasó a buscarnos para ir al bautismo, en su camioneta. Llegamos a la iglesia y el sacristán nos dijo que el cura estaba después de una noche de mucha ginebra, pero que nos atendería. Apareció vestido de blanco. Hombre de gran simpatía y muy gaucho. Mi compadre andaba dentro del templo con su pistola a la vista. Mirábamos un viejo órgano.

Después hicimos un festejo en un restaurante y volvimos para el campo. Juan Roberts, hombre de vida intensa de aventuras. Había hecho la guerra mundial como voluntario. Primero en la armada inglesa. Nos contaba que después de incorporarse lo mandaron para el Asia en un convoy de barcos de guerra. Se peleó y trompeó a un cocinero de su barco y lo trasladaron a otro del convoy. Dos horas después, el barco en el que salió inicialmente voló, deshecho por las minas alemanas. Finalmente, entró con De Gaulle en París. Conservaba una gorra militar que usó al entrar a París. Su mujer era una gran jinete.

Y en medio de todo esto, ¡cuántas hablas, o escuchas, de silenciosos, huraños, peligrosos personajes, que parecían atender a los llamados de una infinitud de sangres antiguas! ¡Cuántas disposiciones de hombres y mujeres —algunas de ellas, muy bellas mulatas verdes de ojos dorados— para la fiesta, el amor, el crimen pasional o los rodeos de animales salvajes! ¡Rastros, rostros, adoraciones, rezos de viejecillas que sólo hablaban en guaraní, y fumaban grandes cigarros de tabaco negro! Y también, pero rara vez, el rezo, apenas susurrado, de algún viejo salteador de caminos, ya sosegado. ¡Ignorancias sagradas de seres que la miseria no ha podido destruir, pero que fueron más fuertes las aguas afrodisíacas de los esteros, los frutos amarillos de las palmeras yataí, y lo que aún conservaban del idioma guaraní!

TEOLINDO, “UNA ALHAJA DE LA PALABRA” *

UN DÍA DE COMITÉ

Tenía un rumor de monte, de campo y de agua la política. Se ensillaban o desensillaban los caballos con una elegancia de color criollo, naturalmente político, en la tradición violenta, mágica y como surrealista de la campaña, abierta al esplendor de la vida y de la muerte, bajo el control de las estrellas o del sol, que observan todo y no perdonan a nada que no esté signado por la condición de lo amoroso, y de la caridad ardiente como sustento... La caña era el agua salvaje para las entrañas de esos hombres, y los ponchos y pañuelos celestes, colorados y verdes, brillaban desafiantes sobre los cuerpos del gauchaje. Las mujeres rezaban contra el olor a pólvora y a sangre. Eran las vísperas de violentos comicios en la campaña correntina. Recuerdo yo que me escapaba de mi padre, siguiéndole los pasos a Teodoro Frutos —Teolindo, como le decían en cincuenta leguas a la redonda— que se dirigía hacia los fogones, entre jugadores de taba y el resonar de espuelas, de armas y de belicosos acordeones que, con el crepitar del fuego, hacían temblar a los atados redomones. Teolindo trajinaba con un gallo de riña de color overo de oro sobre su hombro derecho, recorriendo los comités de los distintos partidos políticos. Él, era verde-radical, pero todos eran sus amigos. Lo

* De esta manera recordaba a Teolindo una anciana campesina de 104 años.

adoraba el paisanaje de los otros colores. De cuando en cuando se le escuchaba decir: "Yo no le apuesto al gallito de oro, / como decía mi tío Teodoro".

Seguían crepitando los fogones y conversaban caudillos de campaña, estancieros, un maestro. Un gateado de rodeo aguardaba a mi padre, debajo de un naranjo, que hervía de fruto amarillos. Temblaba el flete, escuchando los rumores del fuego, y el silbido de las ánimas de los muertos en anteriores contiendas políticas. Un raído fotógrafo ambulante, que parecía una pollona, y era medio "letrado", medio peluquero, medio historiador, y borrachín, criador de gallos de riña, envuelto en un ponchillo color verde yrigoyenista, contaba sobre guerras civiles, diciendo: "—Campamento de Abalos del ejército correntino, antes de la batalla de Pago Largo, donde nos degollaron novecientos prisioneros, que se habían rendido, y con la piel de nuestro jefe y gobernador, Genaro Berón de Astrada, hicieron una manea para caballos, y se la enviaron, de regalo, a Rosas. Allí peleó fieramente nuestro regimiento, montado en caballos blancos, que pudo escapar, y se internó en los esteros del Iverá de donde, después, salieron para presentarse, como voluntarios, al general Lavalle, "que andaba con un poncho de colores que le llegaba hasta los pies". Derrotados junto a Lavalle en el norte, regresaron, atravesando el Chaco, y volvieron a esconderse en el Iverá, para salir como voluntarios cuando cruzó la legendaria columna de los 108 juramentados en Ñanduy (Brasil), que cruzó el río Uruguay la noche del 31 de marzo de 1843, al mando del entonces Teniente Coronel Joaquín Madariaga. Avanzaron esterales y selvas del Paiubre, "donde los amontados se unieron a los libertadores, que reconquistaron la provincia de la intervención porteño-entrerriana".

Teolindo escuchaba el relato del fotógrafo, pero no pudo aguantar su necesidad de terciar y pidió la palabra, dicien-

do: "—Con licencia, los mis doctores, compañeraje y *alversarios*, voy a contar un caso que, ¡a la porra!, contaba un tal Ciprián Sánchez allá por 1907, diciendo que él lo escuchó de un tal Cepí Bolaños en 1889, quien, a su vez, le escuchó contar, en 1853, a Celé Pucheta, que reciencito regresaba de pelear en la batalla de Caseros, en la caballería del general Juan Madariaga. '—¡Estaba lleno de lanzazos!', diz que decía Bolaños de Pucheta. Y lo que contó Pucheta era esto: '—Antes de la batalla de Pago Largo, el Coronel Genaro Berón de Astrada tenía entre sus hombres a un gaucho tigrero del río Batel, que era guitarrero y cantor, y gozaba de la amistad de la Bruja Blanca, compañera de armas de los correntinos. Éste le contó a Berón de Astrada que la bruja sabía que no iba a alcanzar a llegar la ayuda de la caballería que, desde la Banda Oriental, tenía que enviar el General Fructuoso Rivera, y que el desastre era, seguro, para los correntinos.

"Después del desastre, el cantor, acompañado por la Bruja Blanca, se internó en los esteros del Iverá. La brujita, diz que parecía estar hecha de almidón y de agua blanca, a veces desaparecía volando, para espiar los campamentos de enemigos y traer noticias a su gente. El cantor, con ella bien liadita a su cintura, montado en redomón que parecía una llamarada celeste, se presentó como voluntario a Joaquín Madariaga."

Cuando Teolindo estaba finalizando su relato, se le acercó un gauchillo medio arisco, árido, con ojos color de violeta por los crímenes que se gestaban en ellos, casi todo vestido de colorado, y le tendió una guampa llena de caña diciendo: "—Hay va una toma, *compagre*". Teo le contestó: "—Gracias, como si fuera servido". Pero al ver que se alejaba, le pidió la guampa, diciendo: "—Yo no soy cantor poeta, / pero tampoco no soy ladino, / porque también yo sé cantar / como cualquier otro correntino".

UN DÍA DE ELECCIONES

Se estaba votando en una casa junto al estero *Trapiche-Cué*. Yo andaba trajinando detrás de Teolindo Frutos, cuando de pronto se sintió un gran alboroto, y escuché que mi padre me decía: "Alejate de acá y quedate allá junto al corral de las cabras, donde se ven esas mujeres que están haciendo tortas". Hacia allí me llevó Teolindo y se volvió para el lugar del alboroto. Ocultándome entre plantas lo seguí, y me quedé escondido detrás de un gran árbol de Timbó. Desde ahí vi a dos hombres que, montados a caballo, atropellaban unas mesas donde se estaba votando, y vi a un gaucho, que ya conocía, tartamudo, que con un revólver disparaba hacia los jinetes, hasta que logró agarrar, por las riendas, a unos de los montados, y desmontando al jinete le metió una formidable laceada, con un largo arreador que Teolindo le alcanzó. Todo terminó, pero no recuerdo qué partido se suponía que podía estar ganando cuando el atropello. Sí, recuerdo, que andaba por allí un gaucho viejísimo, que había peleado en el último año de la Guerra con el Paraguay, que trataba de votar. Después me contaron que una noche se allegó hasta su ranchito un grupo de emponchados, al anochecer, y le pidieron la libreta para hacerlo votar por su partido. Él, dicen que les respondió: "—Sí, como no, se la voy a entregar, pero esperen que abra mi ventana". Abrió la ventana, y ensartada en una lanza de media luna, les pasó la libreta. Los sujetos se arremolinaron sobre los fletes y se rajaron.

LOS CUENTOS DE TEOLINDO

Desde mi infancia en Caimán hasta el encantamiento-desaparición de Teolindo en 1962, tanto yo como Antonio Cardozo, escuchamos a Teolindo contar sus propios cuentos. Siempre empezaba diciendo "Y güeno".

LA ESTANCIA SAN ALONSO

"Y güeno. Yo era un muchacho de 15 años. Mi padre murió en 1869 en la Guerra del Paraguay. Quedamos pobres mis hermanitos y mi madre. Sólo nos quedó una lanza de media luna, que no llevó a la guerra, y unos pocos caballos y vacas. Había que ayudar a mi familia, y como no había trabajo, me fui hacia la Estancia San Alonso, en la costa del Iverá. Es un paraje entre esteros y palmerales. Me recibió el capataz acompañado por un peón, y me dijo: «No puedo tomarte porque no te vas a quedar más de un día. Nadie, salvo este peón, se queda acá. Con él dormimos en lo alto de ese árbol, sobre unas tacuaras y debajo de esos mosquiteros. Todas las tardes, al entrar el sol, aparece desde los esteros un enorme tigre cebado. ¡Tremendo el bicho viejo! Llega "gramando" —por bramando— y recorre toda la casa en busca de comida.

Yo hice mi plan y le contesté: «—Mi capataz, yo voy a matar a ese bicho. Sólo te pido que mates una vaquilla y le saques la parte del pecho, que es lo que más le gusta a los tigres, y con el cuero sangrando, me envolvés, y me lo cosés alrededor el cuerpo, dejando sólo agujeros para mirar, respirar y poder sacar mis manos». Así fue, y a la oración

llegó el animal, trotando y bramando, y se dirigió al árbol, donde estaba yo en el cuero, y el capataz y peón arriba de él. Empezó a comer la carne, y en un momento en que dio vuelta la cola para mi lado, saqué mis manos, que ya eran muy fuertes, y pegando un *sapucay* lo agarré por la base de la cola. El bicho, asustado, se echó a correr, arrastrándome y haciéndome golpear contra tacuruses y arbolitos. De pronto, sentí que se desprendía de mis manos. Se había trepado a un espinillo, y por el esfuerzo, se le arrancó la cola y cayó al suelo, desangrándose. Me quedé dentro del cuero toda la noche y, al salir el sol, sentí que silbaban y decían: «—Pobrecito, debe estar muerto dentro del cuero». Eran el capataz y el peón. Yo abrí uno de los tajos que habían hecho en el cuero, y agarrándome los labios, como para hacer un ruido de bocina, les pegué un bocinazo, y después dije: «—Güen día, Che Rubichá (Mi Jefe, en guaraní). Te saluda tu peón». Y así fue como me quedé nueve años trabajando en San Alonso."

EL SARGENTO LOBATO

"Y güeno. Yo era joven y viajaba con Narciso Madariaga al pueblo de Concepción. Era un día de fiesta y salí a pasear. Entré a un boliche donde encontré unos conocidos, que me invitaron a tomar una caña. Al rato, sentimos que un jinete desmontaba y entraba, haciendo ruido de espuelas y de sable, y se puso a conversar con el dueño del negocio. Cuando terminó, me le acerqué, lo saludé y le invité a que se sirviera una caña. Me miró fuerte y me dijo: «— A pesar de que soy amigo de tu patrón, no te acepto porque estoy cumpliendo mis funciones». Me quedé molesto y averigüé a qué hora largaba el trabajo y por dónde se retiraba

a su casa. Me lo dijeron, y al entrar el sol, yo ya estaba metido entre unos talas. Anocheció, y sentí el ruido de las pisadas de un caballo. Salí al camino y vi que era Lobato. Le dije: «—Alto bulto. Si eres cristiano, persignate. Si eres infiel, yo te voy a educar». Escuché una carcajada, y su voz que me decía: «—Alejate. Te lo pido porque estimo a tu patrón y no quiero sablearte». Le contesté: «—Vas a saber quién soy». No había terminado de decir esto, cuando sentí un fuego y otro fuego en mi espalda. El sargento se había largado del caballo, por el anca, y me estaba sableando. Le dije entonces: «—Sosegate Lobato. Vos no sabés de chanzas»."

EL CRUCE DEL RÍO BATEL

"Y güeno. Me enamoré de una muchacha que vivía en una estancia del otro lado del Batel, donde su padre era capataz. Para cruzar, había una balsa de madera, pero Simbora, el balsero no estaba. Yo aún no sabía nadar y en mi desesperación por ver a la muchacha, se me ocurrió que, largándome al río, conteniendo el aliento y agarrándome a las fuertes plantas acuáticas, pasaría al otro lado. Me largué como en un encantamiento, y de pronto sentí un latigazo de arreador en mi lomo, y una voz que me decía qué carajo estaba haciendo, entre cardos y otras espinas, con la cara y brazos bañados en sangre. Era el padre de la niña. Y señorcito, lo que había pasado era que yo, encantado como estaba en mi enamoramiento, no me di cuenta que ya había cruzado el río, y seguí arrastrándome entre maciegas y cardales."

"Y güeno. En 1914 empezó una seca que duró más de dos años. Esto no había ocurrido nunca por estos pagos. El río Santa Lucía se había secado y sólo quedaban charcos arenosos, llenos de peces muertos y lombrices. Mi compadre, el pelotudo de Luis Ramírez, me había invitado a viajar al pueblo de Mburucuyá, del otro lado del río. Cuando estábamos cruzando el arenal semiseco, me dijo: «—Mirá, allá está una garza blanca, la voy a bolear y voy a vender las plumas en el pueblo». «—No, compadre —le contesté—. Deje vivir a ese bicho tan lindo y tan inocente. No lo bolee.» Y seguimos hasta el pueblo, donde llegamos bajo un sol terrible. La fonda donde queríamos parar estaba llena de paisanos, que habían venido a unas carreras y fiestas. No encontramos dónde parar y empezamos a dar vueltas entre los ranchitos de la orilla, cuando, de pronto, vimos que una viejita nos hacía señas y nos llamaba. Nos acercamos a su ranchito, bajo un árbol grande de naranjo, y escuchamos que decía: «—Apeensé, desensillen sus caballos y pasen acá la siesta, bajo este naranjo, que trae mucha suerte. Tengo un locrito y podemos compartirlo. Primero tomen unos mates». Así fue, y después de siestear un rato, y cuando nos disponíamos a meternos en el pueblo nuevamente, yo le pregunté cuánto le debíamos por la atención, y ella me contestó: «—Nadita no me deben. Yo soy la garcita blanca que esta mañana comía pescados en el Santa Lucía, y tu compadre me quiso bolear y vos lo impediste. Otra vez no vuelva usted a querer bolear a ningún bichito —le dijo—. Yo soy una Bruja Blanca, y ayudo a los viajeros que son pobres como yo»."

"Y güeno. En 1907 el Partido Liberal tenía diferencias con los autonomistas en Saladas, y mandó llamar a sus partidarios del Departamento de Concepción, a un campamento que habían establecido en Tabay. Don Narciso nos dijo que estábamos en libertad de acción. Unos cuantos nos hicimos presentes al jefe del campamento, y éste me dijo: «—Esta noche quiero que seas vos, Teolindo, el que le lleve una carta secreta al jefe liberal, acantonado en Concepción. Andan partidas de colorados, de modo que dejo que seas vos quien elija el mejor camino. Está bien, le dije y preparé dos fletes caimaneros, comí chicharones con galleta y vino, cargué caña en mi guampa, pedí el mejor rifle winchester, y con mi facón debajo de los cojinillos. Me metí en los palmares que llegan hasta el río Batel, y por caminitos que conocía empecé a cruzar el palmar, cuando de pronto sentí un ruido fuerte y confuso. Son colorados, carajo, y me van a pescar con armas, dije. Entonces me bajé del caballo, metí el rifle y el facón entre unos espartillos, hice, a machetazos, una señal en tres palmeras, y me quedé sólo con un cuchillito arruinado, y la carta la metí dentro de una de mis alpargatas. Llegué al pueblo antes de amanecer y le entregué la carta al caudillo. A la noche salí de vuelta, había ya un poco de luna. En el palmar sentí de nuevo el mismo rumor. De pronto escuché un bufido. Mi caballo pegó un salto, ¡y a la porra!, vi salir de entre unas palmeras a un padrillo gateado, que andaba con su manada. Las crines y la cola le llegaban hasta el suelo al bagual. Cuando me vio, pegó otro fuerte bufido. ¡Tenía un porte atigrado el bárbaro bagual, Señorcito!"

"Y güeno. Una vez lo invitaron a Pancho Madariaga a una fiesta en San Miguel. Salimos en un auto cargado con carne, cojinillos marrones, y aperos trenzados por Pelí, para regalos. Empezó la fiesta y llegaban las damas del pueblo, con sus criadas; estancieros con sus capataces; doctores políticos; músicos lugareños y de otros pagos, como nuestro ciego Valle Ramírez, con su arpa y su mandolín; acordeonistas y cantores, picaditos por la caña, paraguayos exilados, con arpas. Empezó el baile y corrían las bebidas. Se me acercó una chinaza mulatona, con ojos de retobada, que estaba para servir los licores y la cena, y me dijo: «—¿Se sirve un copetín?» Yo, primero le dije: «—Vos debés de ser querendona, pero reservada». Apenas sonrió, mostrando los grandes dientes blancos, y le pregunté: «—¿Qué es eso de copetín? Yo sólo conozco la caña, que llevo en un chifle». Me miró enojada, pero logré agarrar una copa. Se me acercó el dueño de casa y me dijo: «—Teolindo, siéntese en la mesa, donde se va a sentar el doctor Miguel Andreau. Él quiere que usted cuente cuentos». Y llegó el primer plato, que ¡por Dios bendito!, me lo traía la chinaza. Me preguntó: «—¿Le gusta jamón con melón?» Y le contesté: «—¿Cómo voy a servirme un mamón crudo. Y al melón, lo como en las chacras». Se rajó furiosa. Después vino con pescados, y cuando me los ofreció le dije: «—¿Se cree usted que yo soy un yacaré para comer pescados?» Furiosa, se rajó para la cocina, y el dueño de casa ordenó: «—Pastor, servile a Don Teo asado de costilla y un botellón con el mejor vino tinto que haya», y al mismo tiempo llamó a la china y le dijo: «—Después de los postres quiero que le sirva a Teolindo un vaso de whisky Caballito Blanco». La china me miró con odio.

LA BATALLA DE VENCES RINCÓN

"Y güeno. Me contaba Ciprián Sánchez, que sabía por Cepí Bolaños, el que a su vez le escuchó a Celé Pucheta, esto que Pucheta vivió en la batalla de Vences Rincón, el año 1847, entre los correntinos del General Juan Madariaga y las tropas entrerrianas que, diz, mandaba el propio General Urquiza. Contaba Celé: «—Estábamos acampados entre los esteros en Vences Rincón, esperando el ataque. Después que empezó la pelea, vi a un pelotón de soldados de la guardia personal de Juan Madariaga, a los que llamaban los *ñanduís* (avestrucitos, en guaraní), que eran todos petizitos. Se escuchaba el ruidaje de la pelea, y los ñanduís seguían sentados sobre el pasto, jugando, entre risas y carcajadas, a los naipes. Pero les llegó la orden de entrar en batalla, que les impartió el Coronel Alemí, un hombre muy alto, con barbas negras que le llegaban hasta el estómago. Era famoso por la forma como manejaba el sable. Decían que había aprendido a pelear en los ejércitos del oriental Artigas. Los ñanduís treparon por el anca sobre sus caballos y entraron a pelear. Eran bravos y veloces. Peleamos hasta que vino la "redotada", después que los entrerrianos, al mando del bravo Coronel Eugenio Garzón, nos hicieron una engañada: trajeron, escondidos entre mil lanceros de a caballo, metidos en el estero hasta la cadera de los fletes, a un cuerpo de artillería que causó el desastre en nuestras filas, después que teníamos casi ganada la batalla. Pudimos muchos escapar, acompañando a Madariaga ál Paraguay.» Antes de terminar un vaso de caña dijo Teolindo: «—Pero, como dicen en el Paraguay, no perdimos esa batalla, porque a las ánimas no se las puede matar. Ellas siguen peleando sin rendirse, sobre todo en las noches de tormenta.»

Teolindo, que vareaste mi corazón con miel de caña y agua de los esteros. Tú, que te criaste junto al río-estero del Batel: el anaranjado que corre bordeado de palmeras verdes, celestes, amarillas, coloradas, y es arenoso y delicado y en cuyas islas, cuando eras un niño, pastaban caballitos color de cidra.

Teolindo, de ojos verdes y boca ancha, cuando volteabas a algún toro y alguno gritaba ¡lindo! en medio del rodeo, tú, pegando un salto de gaucho-indio, contestabas ¡presente! Es claro, lindo es el final de Teolindo. Eras tigrero. ¿Y te acuerdas, con Narciso Madariaga, de aquella cacería en Rincón de Ivirati? Ex-voluntario, que peleaste en 1907 en favor del Partido Liberal, junto con aquel temible grupo gaucho: Bruno Ramírez, Pastor Cardozo, Lola Cardozo, que había tropereado por una gran parte de la Cuenca del Plata, y hablaba un castellano medio antiguo; y aquel Panta Aguacero, que diz que era tan ligero que acompañaba la velocidad de las balas en los entreveros, y que si peleaba y estaba lloviendo, no le "dentraban" las balas en el cuerpo.

Teolindo, un poeta en estado natural, me convidabas de uno de tus chifles miel de caña, que traías del pueblo de Mburucuyá. Yo te escuchaba, reclinado sobre tu gran "tirador" de cuero de ciervo, color de sangre de oro, que me tendías en el suelo para la siesta, y después desatabas tus boleadoras y las ponías a pastorear frescuras y sombras bajo las palmeras... Me decías en guaraní: «—La miel de caña marea a las estrellas más bajas. Cuando sienten su aroma, bajan a la tierra y son muy buenas compañeras para alguna atropellada de amor. ¡Y la cachorra se entrega, señorcito!» ¡Ah, Teolindo!, para qué habré contado esta "secretea-

da" que, gaucho neto, decías legarme «para el trato en el amor».

La última vez que nos encontramos fue en 1962. Llegaste a mi rancho en compañía de un domador, a caballo con tus resplandecientes cien años. Yo tenía atado de un naranjo a un potrillito alazán, que después fue el montado de Élida, mi mujer. Le tocaste las orejas y oliendo tus manos, que levantaste al sol y al viento, dijiste: «—Éste es de los descendientes del árabe llamado "El Mosquito", a los que Narciso Madariaga les metía la marca M, la especial».

Enterados de tu llegada, aparecieron tus compadres: Pelí Ramírez y Nicolás Jara. A este último le entregaste unos pesos y le pediste que fuera a buscar unas botellas de vino, pero antes de beber vino, me pediste un vaso de caña y —cosa únicamente tuya— le hablaste a la bebida antes de beberla, diciéndole: «Aguardiente malicioso / que andás entre soldadesca, / que no respetás a nadie / y que hasta las viejas sin dientes / le hacés caer los calzones, / si eres más poeta que yo / haceme una zancadilla». Y después te tomaste todo el vaso de caña, de un trago.

Teolindo, si aún vivieras, ¿qué haríamos? Si no te hubieras quedado, como en un encantamiento, hecho cielo de fábulas y poesía, caído sobre las crines de tu caballo, en la concruz de unos caminos, a la salida de una pulpería, bajo una gran luna, en compañía de unos mozos. Tenías 104 años de edad. Correntino celeste, colorado, verde. Correntino de todos.

YAGUARETÉ-CORÁ
(*Corral de tigres*, en guaraní)

Chamigo (mi amigo), ¿vos sos coreano o sos bringo? (coreano: de Yaguareté-Corá; bringo: gringo), me preguntó en un boliche en un solitario cruce de Caminos Reales, un paisano medio viejón, que bebía caña envuelto en un viejo poncho colorado, y que tenía el rostro y un antebrazo cruzados por machetazos. Yo no le contesté. Pedí ginebra y me quedé mirándole los pies, descalzos y adobados por arenas color lila y salivazos de tabaco negro. Después, nos convidamos una copas y salimos, cabalgando hacia Yaguareté-Corá. El hombre empezó a darse cuenta que yo no era gringo cuando le hablé en guaraní, y como buen gaucho me empezó a hablar de mujeres. Medio "picado" como estaba, me contó que tenía una hermana joven y muy linda, a quien decían, como apodo, "La delicada", y que podía ser para mí. Él me la conseguiría. Pero enseguida me dijo: "—si ella te mira, solita se te va a aflojar".

Yaguareté-Corá (Concepción), es la capital del Departamento del mismo nombre, y se le llama también La Capital de los Esteros.

Este Departamento es una acuarela móvil de palmerales, en llanuras con infinidad de lagunas y esteros de todos los tamaños.

En el pueblo, que data de los tiempos coloniales, quedan antiguas casas, cuyos techos se prolongan, cubriendo las veredas. Las calles, con arenas anaranjadas debido a la proximidad de esteros. Calles trajinadas por jinetes montados en fletes alazanes, tordillos-negros, gateados, con colas que, en algunos, se arrastran por el suelo. Mujeres del pueblo o de la campaña, morenas o con color del maní nati-

vo, amantes de las fiestas a sus santos, y en cuyos corazones, al igual que en los hombres, arden los fuegos de los alimentos que nacen del coraje y del amor. La miseria no ha podido debilitarlos. dicen por ahí que las aguas de los esteros son nutrientes y afrodisíacas, por la cantidad de plantas acuáticas. Una vieja curandera me dijo: "—Señorcito, esta agua te va a alimentar hasta más allá de la muerte", al mismo tiempo que me alcanzaba una calabaza con agua de un estero.

En el 1811 el General Manuel Belgrano, que marchaba con su ejército revolucionario hacia el Paraguay, hizo un alto en Yaguareté-Corá. En la capilla se le presentó el niño Pedro Ríos, de 14 años, al que incorporó como tamborcillo de su ejército. Murió en el Paraguay, en la batalla de Tacuarí.

Su estatua se encuentra en la plaza. Siendo yo pequeño, la inauguraron, y mi padre y mi madre fueron elegidos padrinos de la misma. Llegamos desde el fondo de los campos bárbaros, en un auto golpeado por las ramas de las palmeras más bajas. En la plaza estaban entreverados: paisanos gauchos primitivos, de todos los colores políticos, con facones, espuelas y "tiradores", granaderos a caballo, que habían venido desde Buenos Aires; vendedoras nativas de tortas y de pasteles; señoras, con sus criadas, y caballeros vestidos de pana levemente mortuoria y grandes sombreros Panamá.

Los amigos más importantes de mis padres, y después míos, fueron en ese pueblo Baldomero Aguirre Arbo y su familia; Tobías Hechen y sus hijos, en especial una bellísima niña llamada Olga, de la que yo me enamoré cuando niño; Gualberto Paíz y sus hijos (una hija llamada Yola, muy inteligente); Olegario Gamarra Arbo, Edmundo Gallardo, Manuel Ramírez.

Tengo la imagen de un mendigo de barbas coloradas llamado Castaño Rojas, que era manco, y venía al hotel a contarnos historias del pueblo, como: —Desde Chavarría venía una diligencia con pasajeros que, cuando entraba al pueblo, su conductor hacía sonar una corneta anunciando la llegada. Y había —continuaba— un vaporcito que navegaba a través de los esteros y lagunas del Iverá, transportando cargas hasta Santa Fe, partiendo de un puertecillo natural que hay en la cabecera de la gran laguna Medina y descendía hasta el Paraná. Cuando había viento favorable se escuchaba desde el pueblo el pito del vaporcito al llegar al puertecillo de la Medina.

¡Cuántas madrugadas hemos acampado sobre nuestros aperos, desdeñando posadas, algún paisano gaucho y yo, en las orillas del pueblo de Yaguareté-Corá, después de haber atravesado muchas leguas de palmerales, donde el aire es de agua ácida y dulce a la vez, y las apariciones son positivas y cálidas aliadas nuestras... Palmares de la clase yataí, cayendo a pico al río-estero del Batel. Lagunazos encantados y esterales de —a veces— tétrico, pero puros resplandores amarillos, con tufaradas de saurios de otros colores . Colores parecidos a los del Infierno.

Yaguareté-Corá es la Capital de los Esteros, y capital de hechos históricos con las alas, las armas y el fuego de los hombres adentro. Con acontecimientos de luna y de sangre, que se representan a sí mismos en los movimientos de todos los colores, en las regiones de las noches intactas, cuando se escuchan los bordoneos de todos esos colores que se llaman esteros . Nieblas acuáticas, donde los viandantes conviven aún con el encantamiento y la fuerza de los luceros que, a veces, desmontan a los jinetes aprisionados por tristezas y rebeldías, y los acarician, hasta desalojar de ellos a los infiernos.

Yaguareté-Corá flota en el aire, flota en el canto de los

gallos que cantan para los pasajeros de a caballo, flota en el olor de las letrinas de los ranchitos pobres de la orilla, flota en la sangre de los que se desangran por amores o por iniquidades, y cuya sangre cae y se prende a las arenas estampadas en el misterioso religioso, pánico y sexual de las alfombras de rocío de las madrugadas, Flota para nadie, y se ahorca en el calor de un poncho en sangre.

A veces escucho en sueños el motivo político popular "La tierra del Colorado", y en otro rancho un muy movido y temible acordeón desparrama el motivo "El Liberal". Un jinete, de poncho verde-radical, escucha, serenamente, aquellos acordes de sus bravíos abuelos, y sonríe... Su caballo tiembla. las cigarras bordonean. ¡Regresos de guerreros y de caballadas!

EL ESTERO BASUALDO

La suerte no se la nace sino
que se la amanece.

ANTONIO CARDOZO

¡Un escenario general! Todo hombre tiene el suyo. su mitología en la naturaleza o en las pestes industriales.

Después de abandonar Cabral-Cué, mis padres mandaron construir un gran Rancho, con pisos y paredes de ladrillos, fabricados allí mismo, y techos de paja colorada y de hojas de palmeras yataí, de varias habitaciones y corredores en todos los costados. Un gran galpón y un corral para la tropilla de caballos montados y las dos manadas de yeguarizos y de mulas que tenían, juntamente con numerosos vacunos y lanares. El rancho se levantó en el campo

Caimán, en un lugar del mismo conocido como Iviratí Rincón (Rincón donde abunda el ivira, una especie de cardo rastrero de los montes, cuyas raíces, muy largas, sirven para fabricar fuertes piolas, y su fruto es una especie de ananá silvestre), donde hay un gran monte natural, poblado de monos, y un gran estero, llamado Basualdo, que allí hace una especie de península, y está salpicado de islas (albardones). algunas islas flotantes, como aquellas que describo en la parte que dedico a los esteros del Iverá. El rancho está sobre una loma alta, metida casi dentro del estero. Mi padre mandó plantar naranjos criollos, mandarinas, paraísos, que se juntaron con los árboles naturales del lugar: moras, gomeros, timbó (de madera balsa), y otros. Desde las ventanas de la casa, se domina toda la inmensidad del estero, que allí tiene 5.000 metros de ancho. En las orillas opuestas, se divisan grandes extensiones de palmeras yataí, que pueblan, asimismo, las costas donde está el rancho, y en las lomas cercanas, de tierras coloradas y con pequeñas lagunas, profundas, redondas y arenosas, bordeadas de palmeras salvajes. En el monte Iviratí, viven los monos carayá, que en los días de grandes calores, o de fríos intensos, aullan todos juntos, resonando muy fuerte en el estero.

Allí se establecieron mis padres, junto con la criada Chana y la china Sofía, madre de aquella.

Yo estaba en Buenos Aires cuando llegó la noticia de la mudanza de mis padres a este lugar, y de inmediato mandé un telegrama que decía: “Lleven al burrito, mi montado el tubiano, mis aperos, el poncho, las espuelas”. Cuando llegaron las vacaciones, viajé para el Rancho, y todo estaba organizado. Mi padre mandó limpiar, con rastras y yeguadas que entraban y salían del agua, una parte del estero, para transformarlo en lugar de baños y lavadas de ropas. El agua potable del estero, la traían en un gran tanque de

hierro, sobre un armazón de madera, con ruedas, tirado por un caballo barrilero.

En aquellos años había una parte del campo, —de tierras muy fértiles— con lomas y palmares, arrendadas a un grupo de cubanos, plantadores de tabaco negro, tipos Bahía y Habano, que llegaron exilados, después de violentas revueltas militares en su país. Uno de ellos, era capitán del ejército, llamado Rafael Pérez. Reunieron cerca de 40 campesinos labradores del lugar, les enseñaron las mejores técnicas para la plantación del tabaco, y se quedaron cinco años trabajando en la Colonia, que llamaron "Nueva Cuba". Esto fue allá por 1945.

La existencia de mucha población y trabajo en el lugar, trajo aparejada una mejoría económica. Había dinero y se hacían grandes fiestas en los boliches, que a veces terminaban en un tiroteo general, de tal gravedad, que tuvieron que contratar los servicios de un comisario particular y dos agentes, que al poco tiempo renunciaron y se fueron, después de una garroteada y formidable que les metieron los peones de una estancia, que habían venido para una gran fiesta, un día 25 de Mayo. Yo paseaba a caballo solo, o con Cardozo u otros, por las calles de la Colonia, en medio de los fuertes perfumes del tabaco. Visitaba a una viejita aindiada, que era curandera. Ella invitaba a muchachas, para que vinieran a escuchar música y a bailar. Cardozo era un gran organizador de esos bailes. Atropellador y suertudo con las damas, tocaba la guitarra y cantaba, Después de Teolindo, es el espíritu más naturalmente poético que he conocido por allí. En esas fiestas, nos acompañaban, a veces, tres hermanos de nombres: Beato, Pechén y Antolín Miño, casi un enanito, muy serio y quisquilloso, que nunca dejaba de portar su revólver 38. El primero, un gran domador, pero muy borracho, que cuanto más lo estaba, mejor domaba. El segundo, Pechén, hablaba el español mez-

clado con el guaraní de tal manera que, una vez le escuchamos decir a mi madre, que le había mandado a averiguar si ya había llegado el maestro vecino. Volvió y dijo: "Patrona, el maestro Mañana Viniste". Quería decir: "el maestro vino ayer".

Cuando la mudanza al Rancho llevaron a mi burrito Burrini, ya entrado en años, pero aún muy fogoso como padrillo. Mi padre le buscó siete yeguas enanitas, y lo puso con su manada, en una isla. Allí nacieron mulitas enanas, muy preciosas. Yo tenía varios caballos montados. Los más queridos fueron: un tordillo sabino, muy brioso, llamado El Canasta (los pájaros que llaman Canastitas tienen las plumas de color veteado, blancas y marroncitas o azuladitas, de ahí lo del nombre El Canasta. Un lobuno, alto y muy viajero. Un bellísimo gateado. Un bayo ruano. Un renegrido, llamado El Ara-Verá (El Relámpago, en guaraní). Un rosillo-alazán. Un tordillo negro. Y dos que fueron los caballos que más adoré en mi vida: un alazán, llamado Ala, Rey de las tropillas, un Jeque, por su sangre de árabe-criollo, un Espíritu, por su sabiduría y personalidad increíbles, un verdadero poeta en estado natural; y un gateado malacara, llamado El Tormenta, por lo inquieto, aunque muy bueno y manso, de un maravilloso andar, con aire de montado de bandoleros. Ala murió a los veintisiete años de edad, y en los últimos años pertenecía a mi esposa, Élida Manselli. Cuando murió, ella recibió un telegrama, donde le avisaban del suceso. De inmediato viajó sola al campo, mandó cubrir sus restos con toda suerte de ramas espinosas, para evitar que se lo comieran los cuervos, lo acompañó dos días y se volvió. Pasado un tiempo, ya seco el cadáver, se lo enterró, y se plantaron flores sobre su tumba. Cuando murió Malaca (El Tormenta), se lo enterró a su lado, y también se enterraron junto a él, a todos aquellos caballos o yeguas que habían sido amigos y sus confidentes.

Malaca, desde que él murió, cayó en una gran tristeza, y al poco tiempo murió. Eran compadres. El cementerio de ellos está en una loma de verdísimos pastos, junto al gran estero, donde comían toda suerte de pastos y de algas. Los gauchos, al principio se asustaron de que fueran enterrados como "cristianos", pero poco a poco fueron entendiendo y hubo un viejo que, cuando pasaba junto al lugar donde están enterrados, se sacaba el sombrero y se persignaba. Fueron tan mágicos y tan divinos aquellos dos caballos.

El montado que yo llamaba El Canasta, fue montado por grandes amigos míos. Se lo presté, un tiempito, al amigo de Gerardo Pisarello, Juan Carlos Sorrentino, que vivía en Saladas. Montado sobre él salió un día para cazar y conocer la selva costera del río Santa Lucía, y por ahí, entre unos grandes esteros, próximos al río Batel, Sorrentino descubrió una boa Curiyú que medía más de 10 metros de largo, a la que cazó, y su cuero durante largo tiempo lo tenía exhibido en la casa de Pisarello en Saladas. También lo montó mi amigo Roberto Borja. A este caballo me lo robaron unos bandidos del lugar conocido como Vences Rincón.

Un día viajé acompañado por Pelí Ramírez, al pueblo de Mburucuyá, para asistir a unas carreras cuadreras. El Intendente, Florencio Lentijo, de excelentes condiciones para la poesía, nos invitó a quedarnos, pero elegimos parar en una fonda donde paraba el gauchaje. Con Lentijo pasamos la noche en una pista de baile en casa del legendario músico popular Eustaquio Miño. El Intendente nos autorizó a portar revólveres, debido a la presencia de numerosos gauchos, venidos de los esteros de Vences Rincón, que no eran muy pacíficos. Lo desdichado fue que esa noche robaron a mi montado y nunca pude recuperarlo.

Los días sobre Basualdo transcurrían como en medio de una acuarela móvil. Con fuertes soles, lluvias y tormentas endiabladas, que venían del estero, acercando a los

fantasmas del agua, y a los yacarés que la tormenta traía hasta los corredores. Con Antonio Cardozo, además de ir a fiestas con muchachas, o a rodeos con la peonada de estancias cercanas, vivimos todo tipo de peligrosas aventuras.

Desde el rancho se divisa una isla boscosa. Para llegar hasta la misma había dos maneras: atravesar un hondo paso, casi siempre tapado por camalotes y algas, o atravesar, por encima de las islas flotantes. Cosa que nadie hacía porque era muy peligroso, por las víboras, las boas y los yacarés, que anidaban sobre las tramas flotantes de lianas que son los "embalsados". Una mañana decidimos atravesar de este modo el estero. Nos hicimos una especie de botadora con cañas de tacuaras y nos metimos al agua, hasta treparnos a los embalsados. Estos son de trama muy fuerte y aguantan el peso de un hombre pero, en partes, se ablandan, y hay que tirarse boca abajo y reptar, hasta llegar a las partes fuertes y volver a pararse. Cuando estábamos atravesando una parte donde las lianas eran pastos secos, le metimos fuego y en seguida todo fue una llamarada acuática. El fuego llegó al nido de una yacaré, con crías recién nacidas, y se produjo un revuelo. La bicha atravesó como una bala por entre nosotros, pero no pudo atacarnos. Se escapaban las grandes víboras. Mi madre y Chana, desde la costa, nos llamaban llorando y agitando pañuelos. Pero arribamos a la isla bellísima y recorrimos su salvaje monte.

Ésta fue mi primera etapa en ese rancho, que había sido construído por un viejo gaucho silencioso, dueño de "secretos", amuletos y medicinas.

Yo seguí viviendo en Buenos Aires, pero viajaba al campo. En el rancho pasaba temporadas, en compañía de Pelí Ramírez y de una mujer llamada Gervasia Franco, que no habla el español, que nos cocinaba. Antes de salir de Buenos Aires escribía a Pelí para que me esperara, con

caballos, en el lugar donde me dejaba un destartalado colectivo. En un boliche nos surtíamos de alimentos, vinos y después de parar en los ranchos de amigos en el trayecto de tres leguas, llegábamos a la entrada del sol. El estero volaba de colores, de ánimas y de asomantes lunas inmensas y misteriosas, o bramaba, enviando hacia nosotros a la gran Fantasma del Agua. Al día siguiente, traían la tropilla y salíamos hacia los palmares y lagunas, trajinando en medio de fantásticos perfumes de flores,baguales y vacajes. Nadábamos, almorzábamos, y después, largas siestas.

Cuando mis hijos Gaspar y Florencia eran pequeños, ayudaba a su madre Amalia Cernadas, una hija de Gervasia, llamada Hilda, que parecía salida de un cuadro de Gauguin en la Polinesia, y su abuela, una casi centenaria, Aguicha Franco, que fumaba tabaco negro en una rústica pipa de palo, no hablaba una sola palabra en español, y no conocía ningún pueblo.

De aquel tiempo recuerdo un suceso terrible: llegó una mañana al rancho una mujer que nos dijo: "Está cayendo la lluvisna del aire (quería decir, está lloviendo) y traigo una mala noticia". Nos contó que mientras comían se habían matado dos hijos y un padre a tiros y puñaladas. Estaban bebidos, y habían odios y cuentas familiares. Fuimos al velorio, y al día siguiente acompañamos al cortejo de gauchos y de chinas lloronas y rezadoras vestidas de negro. Todos a caballo. Unos musiqueros tocaban acordeón y guitarra y cantaban. Al regreso del cementerio el acordeonista, muy ebrio, comenzó a tocar su instrumento. Antonio Cardozo picó espuelas a su caballo, y de un machetazo partió el acordeón. Dicen ellos que sólo se puede tocar música y cantar cuando se lleva a enterrar el cuerpo. Hacerlo a la vuelta, trae muy mala suerte.

Entre los campesinos que yo visitaba recuerdo a José M. Román, Marcos Falcón, Celestino Domínguez, Eleute-

rio Lagraña (Teio), un moreno, gran cazador de peludos y con manos de oro para hacer asados, Primitiva Medina, mi gran amiga, curandera y adivina. Un poco más lejos, en Santa Rosa, a los descendientes de Francisco Sosa, Juan José Sosa, Jamario Valenzuela, Benjamín Gallardo: Marta, Marylin y Gustavo Adolfo Sosa, Edmundo Sosa, Alberto Gallardo (Teio), Amado Obregón Sosa, hijo del legendario caudillo radical de Tabay, Cayetano Obregón.

EL IVERÁ: UNA COMARCA DE LA POESÍA

En el otoño del año 1958 viajé a la cuenca del Sistema de Esteros y Lagunas del Iverá que, abarcando casi 20.000 kilómetros cuadrados, se encuentra en el centro-norte de Corrientes.

Mis compañeros de viaje porteños fueron: el ingeniero Roberto Borja, Eduardo Paglialunga, y un joven médico de nombre Jorge Di Benedetto. Viajó con nosotros el gaucho correntino Pelí Ramírez.

Salimos de mi rancho a caballo, llevando como carguero de bastimentos, vinos y ginebras, un caballo renegrido llamado *El Ara-Verá* (el relámpago, en guaraní). Ibamos fuertemente armados de rifles winchester y machetes.

Antes de seguir hacia los esteros, nos quedamos en Concepción. Levantamos nuestra carpa en el fondo de la casa de Don Gualberto Paíz, un gran señor, farmacéutico al que los habitantes del estero respetaban porque les proveía de remedios. La noche la pasamos trajinando a caballo, con nuestras armas a la vista, por boliches de las orillas del pueblo. Al día siguiente mateamos, levantamos la

carpa, y cuando estábamos haciendo esto, vimos aparecer a una extrañísima mujer, totalmente vestida de colorado, que nos sonrió incitante y desapareció. Pensamos, y especialmente Pelí, que era una diabla enviada por las brujas del Iverá.

Pasamos las primeras estancias y poco a poco nos fuimos internando en cañadones profundos. El agua llegaba a las barrigas de nuestros montados, la marcha era lenta y empezaba a ponerse el sol cuando nuestro baqueano, que estaba borracho, dio vuelta su cabalgadura y nos dijo que, nos abandonaba. Nos quedamos solos en la noche. Anduvimos dando rodeos por malezales y aguaradas hasta que vimos una luz como de candil. Alumbrándonos con linternas llegamos al lugar. Brillaban nuestras armas en la oscuridad y se apagó totalmente la luz que había en un rancho grande. Pelí y yo les hablamos en guaraní, diciéndoles que teníamos una carta de Paíz para Don Antonio Sandoval.

El lugar donde llegamos se llama *Yejhaveré*, que significa *Ardido*. Salió a recibirnos Antonio Sandoval, el gran taita de los esteros en ese tiempo, un hombre de unos 77 años, delgado y fuerte, con aire de pulcritud y mirada de místico en estado natural. Era gran conocedor de todo el Iverá, donde navegaba desde los 12 años de edad. Desensillamos los caballos y armamos nuestras carpas. Cenamos mientras conversábamos con Sandoval, y apareció un hombre muy robusto. Era otro hijo de Sandoval, que se ofreció para cuidarnos los caballos. Al rato se emborrachó, nos pidió ginebra y se marchó. Dormimos y nos levantamos para matear. Se nos presentó Antonio Sandoval, acompañado por su hijo Antonino, hombre de ancho cinto de cuero de carpincho, con el pecho cruzado de balas, al igual que la cintura. Con modales muy suaves, resultó como conductor de una de las canoas un gran compañero en el agua, en la fogata, en el silencio, o en el recuerdo y comentario de su-

cesos y de lugares inexplorados de los esteros. Ambos, padre e hijo, criollos de esos mares interiores, en cuyas canoas hemos atravesado los más apacibles susurros de las cigarras del peligro. El peligro más oloroso, más musical y más espejado en el abismo de las aguas, contenidas, o corrientes en ataúdes límpidos de oro, de los que salimos alimentados para los amores de la sangre: por haber bebido ese alimento en el más puro de los lechos, entre las raíces de los juncos de las lagunas encadenadas, de aguas rosadas y amarillas.

En esta región se mantiene una absoluta legalidad de agua y de flor. De ella dijo, en 1788, Félix de Azara: "He aquí un estero grandísimo, origen de muchos ríos caudalosos, entretenido únicamente por la filtración, que quizás es el único de esta especie en el mundo".

Los esteros, impracticables en partes, están salpicados de albardones montuosos, o límpidos como sábanas amarillas y verdes, cargadas de aves multicolores, manadas de monos, grandes boas (*curiyú*), que miden hasta más de ocho metros; yacarés de tres colores: overos, negros y rojizos; lobitos de agua, de finísima piel; rayas enormes, ariscos y altos *aguará-guazá* (zorros grandes), que en las noches otoñales vagan por las islas en manadas, poblando de alaridos los aires esterales; carpinchos y rubias nutrias, y, en el fondo de los más ocultos esteros, dicen los cazadores que aún suelen encontrar rastros del *yaguareté* (tigre). Hay un sinfín de aves y de pájaros errantes, a veces invisibles, y serpientes con cabezas parecidas a las de los loros; pájaros silbadores que expulsan los colores que contienen en sus corazones de terrores delicados.

El sistema de esteros es un reinado de aguas madres laterales, centrales, verticales, horizontales, ¡y hay aguas que hasta andan por los aires, o por debajo de otras aguas, en los más profundos bajofondos independientes!... Her-

mosas pero tétricas aguas, que componen esa gran fuente de todos los colores, a las que el naturalista francés D'Orbigny comparaba tan sólo con los lagos y pantanales del África... Lagunas encadenadas, con forma de bolas gigantescas, o alargadas como frutos tropicales. Abismos espesos, pero límpidos, poblados de islas firmes, y de otras flotantes, compuestas, estas últimas, por la tramazón de toda suerte de lianas acuáticas y de tierras, en las que, a veces, hasta crecen livianos arbolitos. Las islas firmes son muy ricas en pastos y arboledas, con bahías arenosas y rubias, repletas de flores amarillas, lilas, violetas, rosadas, que, a veces, impiden la navegación de las canoas, que se manejan con largas botadoras de tacuaras. Estos manteles de flores ocultan la movilidad nocturna de los ojos rojizos de los caimanes, que recorren la noche en busca de alimentos.

El Iverá vive acostumbrado a los deslizamientos, interiores y exteriores. Abandonado por las arcas fiscales. Con sus apariciones de livianas mejillas de esmeralda de telitas salvajes. Y sus hombres del estero, cuidadores ignorantes de esta tarea de belleza que les ha deparado el destino. Algunos de ellos ex-bandoleros, ya mansos; otros, elementos de viejas políticas con sangre, que huyeron de los poblados o de los campos, en las cambiantes situaciones políticas. Otros, allí nacidos y crecidos.

Todos estos hombres viven en su ley de no pelearse entre compadres de las aguas, recogidos junto al fuego en el invierno, en una suerte de dispersos y ralos vecindarios libres, casi invisibles y ásperos, entre las celosías naturales de las alas de los juncos y con las arañitas de leve y alado espectro, en las isletas con colores de crueldad y de olvido, donde no existen el hambre, la emoción, la explotación y el

desamparo, sino una fiereza lenta y desoída, alimentada por las garzas de sangre violeta y por los restos de animales de leyenda, las tempestades del estero, los cementerios de los tigres de otros tiempos, y sus comedores y dormitorios, hechos en zanjitas, doradas por las hojas del banano silvestre y por las rojizas-amarillas envolturas que se desprenden de las cañas de tacuaras. Así vivían organizados los felinos, nos contaba Antonio Sandoval.

En las navegaciones en canoa se presiente, una fiereza que brota de los esqueletos de los antiguos moradores indígenas: los pequeños y crueles indios guaraníes *Caracará*, que adornaban sus cabezas con plumas de caranchos. Indios de angosta frente y con ojos como timoneles perseguidos por todos los rayos de la sangre, y por todas las armas de la noche: las armas y los astros de las tribus guerreras, cuyos restos se encuentran aún hoy, armados entre el humus vegetal, poderoso y lleno de aire, de ciertas bocas de los esteros. Esqueletos que besan a las islas, durmiendo un sueño aluvional, entero y peligroso, propio de los cadáveres de los que no fueron realmente derrotados.

Y es así como pasan los estuarios y la Gran Cuenca se desliza por las Estaciones, como una olla sagrada, creadora de campañas ardientes, y alimentadora de otros cursos de agua poderosos, que corren rumbo al mar, y a cuya vera las palmeras celestes y los montes se estiran en una selva liviana color de rosas.

Cuando llegamos de vuelta a Concepción, resplandecientes de aguas y de alimentos salvajes de los esteros, descansamos en lo de Paíz y después salimos rumbo a mi rancho. El camino estaba cubierto por una tropa de vacunos guampudos, y nos entreveramos entre el gaucherío. Al fin pudimos bajar en el boliche de un paisano, Melí Alegre, que era acordeonista. Almorzamos y le escuchamos tocar viejos motivos populares correntinos. Yo estaba sentado de

espaldas al camino, con mis amigos y unos troperos borrachos que dormitaban cuando sentimos ruido de espuelas. Yo sentí que unas manos fuertes me agarraban la cabeza, sin dejarme dar vuelta, al mismo tiempo que una voz aguardentosa me decía: "—No te asustes, señorcito, sólo quiero contarles la historia de Adán y Eva, tal como le contaba mi abuela". Fue interminable, fabulada en guaraní, fantástica y surrealista, plena de imágenes e invenciones. Bebió con nosotros ese gaucho domador —que no conocíamos— llamado Saturio, y después nos encaminó, totalmente borracho, sin dejar de fabular, hasta que nos dijo, bajándose del caballo en un pajonal: "—Voy a dormir un rato acá".

LA ESTANCIA SAN CIRILO

Esto ocurrió en la estancia San Cirilo, entre el estero Malo y los palmares del norte de Corrientes, donde concurrí a una yerra a la uña, con mi amigo correntino Gustavo Adolfo Sosa, su pequeño hijo Nacho y Lucio, mi hijo, que tenía 9 años. Ardía el gran corral de ganados salvajones, venidos desde lo hondo de los esteros y palmares. Había olor a caña fuerte, a gauchos y caballadas. Se escuchaban los alaridos indios del paisanaje. Se acercó al lugar donde estábamos con Lucio un gaucho fornido y muy aindiado, que tenía un gran tirador (especie de delantal) de cuero de carpincho curtido, que le caía, con flecos, hasta los pies descalzos y con grandes espuelas, y un pañuelo de cuello colorado. Desde niño he visto gauchos como éste, pero mi emoción se tornó feroz en ese momento, porque lo estaba vien-

do mi hijo (me ha pasado también cuando eran niños mis hijos Gaspar y Florencia). Le pregunté en guaraní cómo se llamaba y de dónde era, y me contestó en dificultoso castellano, seguramente para entendiera Lucio, diciendo: "Me dicen el Toro Aguirre". Me aceptó una guampa con caña, con una sonrisa casi imperceptible, y se quedó al lado nuestro un largo rato.

Por el corral cruzaba un caudillo gaucho liberal, con poncho celeste al hombro, y todo era celeste y colorado alrededor nuestro. A metros del corral ardían los fogones con asados para los concurrentes. Durante el almuerzo recorrimos los grupos de gauchos alrededor de los fogones, y yo conversaba con ellos, mientras Lucio tomaba algunas fotos y escuchaba atentamente lo que se hablaba. Al atardecer se jugó a la taba, y corría el vino, rumoroso a palmares y crecientes. Llegaron los conjuntos musicales y empezó el baile del gauchaje y algunos puebleros. Llegaban jinetes, con cuchillo y revólver en la cintura, y entraban al baile, cadenciosos. En un clima de amistad bailaban, agarrando a sus damas con una mano por la cintura, y con la otra largaban tiros al aire, y tiraban las cápsulas vacías en medio de sapucays. Lucio recogió las cápsulas y llenó una bolsita, que trajo a Buenos Aires. Vimos cómo un gaucho muy pobre, descalzo, medio borracho, sacaba, al pie de un árbol, un revólver de su cintura, lo metía en una maleta, y se la entregaba a un hijo de unos 12 años, diciéndole: "No entregues a nadie esta maleta donde guardé el revólver". Seguramente temía bandearse con la caña y cometer alguna violencia.

El baile se fue poniendo cada vez más cargado, pero toda agresión, salvo alguna marginal, era impedida por los caudillos y otros gauchos. Serían las 4 de la madrugada cuando un amigo nos invitó a volver en su automóvil a nuestro rancho. A poco de andar el auto se descompuso y

hubo que parar al costado del camino. De pronto sentimos gritos y discusiones, y un tropel de gauchos borrachos, que estaban a punto de pelearse, se aproximó a nosotros, golpeando fuertemente uno de ellos sobr el techo de nuestro vehículo con el mango de un gran rebenque. El conductor, que era conocedor de estas situaciones, sacando una botella de caña, les habló en guaraní y les pidió ayuda. Se calmaron, y con sus lazos tiraron del automóvil, que recuperó la marcha. Llegamos a nuestro rancho a la salida del sol, entre cantos de gallos, y escuchando, en los palmares cercanos, los alaridos de los últimos jinetes borrachos. Era domingo y salían de algún boliche.

A LA SOMBRA DE OTROS AMIGOS EN FLOR

Como en una llamarada de viento solar aparecen: Roberto Sánchez, Nidya Núñez, Tito Larrocca y Freddy Martínez Howard, desde aquellas noches con gitanos en la Avenida de Mayo.

Estoy cenando en el viejo Mercado de la Ciudad de Santa Fe, con Hugo Gola y Juan José Saer, y escucho a la razón ardiente, al sueño y a la imagen. De pronto entra Francisco Urondo, con una italiana recién bañada en el Paraná, y con ancho sombrero gaucho de La Paz Juan L. Ortiz trae en los ojos enredaderas multicolores del río Gualeguay.

El Paraguay de las más delicadas canciones de amor de toda América, llega con Elvio Romero, con su guitarra cruzada en bandolera. Después llegó Susy Delgado.

En la casa de Gerardo Pisarello, Héctor Yánover descubre la flor más escondida de un viejo naranjo.

Miguel Ángel Bustos le sonríe a la única mariposa que conoce a la sonrisa que inventó a la poesía.

Lúcidos, despiertos, generosos, entran y salen de sus despachos María José Boragni, Enrique Caramelli, Angélica, Silvia de Bellis, Ño Federico Villegas, Manuel Rodríguez y otros.

Entreverados, pero solos, en un tren que viene del sueño, aparecen Víctor Redondo, cantando la canción titulada Guerra de la Poesía contra la Imbecilidad, y en el amplio pero selecto trono de su Último Reino dialogan María Julia De Ruschi Crespo, Ricardo Herrera, Jorge Zunino, Reynaldo Jiménez, Mario Morales, Susana Villalba, Horacio Zabaljáuregui, Mónica Tracey, María del Rosario Sola, y otros de las cercanías: Guillermo Lombardía, Federico Pedrido, César Bisso, Javier Cófreces, José Luis Mangieri, Eduardo Mileo, Mario Pellegrini, Diana Bellessi, Ana Emilia Lahitte, Raúl Vera Ocampo, Hilda Mans, Félix della Paolera, Arturo Carrera, Enrique Ardìzzone, Adolfina Mondin, Paulina Vinderman, Jorge Madrazo, Enrique Puccia, Stella Vergara, María Santiago, Horacio Salas, Héctor Libertella, Alejandro Katz, Daniel Freidemberg, Alejandro Rodríguez Bustamante, Andrea Driesler, María del Carmen Colombo, Rodolfo Rabanal, María Rosa Lojo, Monserrat Bertrán, María Rosa Maldonado, Elena Cabrejas, Luis Salvaneschi, Alejandrina Devescovi, Luis Gregorich, Dolly Pagani, Mario Moral, Mónica Marchini, Juan Antonio Travieso, Francisco Travieso, Javier Villafañe, Leticia González, Graciana Bendito, Julio Bepré, Cayetano Zemborain, Juano Villafañe, Tamara Kamenszain, y en sus tronos de las sierras de Ancasti: Julio Salgado y Leonardo Martínez.

En un tren acariciado por travesías pampeanas llega

Graciela Nidia Aráoz, que a veces ríe interminablemente; Cristian Aliaga con su mar overo de Comodoro Rivadavia; Laura Vera, la que me ha regalado la salvaje Península Mitre de la Tierra del Fuego. Al Vapor de la Carrera, que viene de Corrientes, ha subido en Paraná Marta Zamarripa.

En baguales montieleros llegan Miguel Ángel Federik, Alfredo Veiravé, Roberto González, Juan Meneguín, Ana María Avalos.

Juan L. Ortiz decía que tal vez sólo quedaran gauchos verdaderos en Corrientes, La Paz (Entre Ríos) y en Salta.

Cantaba una noche en Salta el poeta Miguel Ángel Pérez esta copla suya: "Caballo que ensilla el Diablo / cruza como refucilo / pura plata las coscojas / puro fuego los estribos". Creo que a ese caballo me lo ha boleado mi compadre Leopoldo Castilla, lo ha hecho acariciar por una blanca aparición, y cargando con el vino de los gauchos de Orán su caramañola, ha llegado y desmonta para reclamarme no entiendo bien qué cosas. Vienen con él, en un tren muy lento, Raúl Aráoz Anzoátegui, Santiago Sylvester, y el jujeño Jorge Calvetti que, seguramente, fue a entregar una tropa de yeguarizos chúcaros a Salta.

Bolivia, la lunar, y aquella de los bajos, llega calladamente con Jesús Ursagasti.

El Brasil manda una corona de flores terrestres y marinas con Octavio Mora, Fernando Ferreira de Loanda, Alcina Morais.

¿Qué estarán vislumbrando en México Marco Antonio Campos, Rafael Vargas, Juan Bañuelos, Bernardo Ruiz, Jorge Valdéz Díaz Vélez, Javier Herrera?

En Yucatán me veo nadando en el mar cobalto de Campeche, la de ánimas de piratas. Escucho a muchachas mayas recitarme sus poemas. Estoy nadando con Telo Castiñeira de Dios en las islas del antiguo Zihuatanejo, en las

aguas calidísimas y transparentes del Pacífico. Después me escapo hacia adentro del Estado de Guerrero y bebo cerveza, entre palmares, con mestizos que están domando caballos. Pasa Pancho Villa con sus caballerías suicidas de criollos de los Ranchos Grandes.

Colombia me envía la lucidez de sus poetas, y un llanero de Arauca una cabeza de venado y aguardiente.

Venezuela me envía sus/mis llanos con Luis Alberto Crespo e Igor Barreto, vienen llaneros descalzos y con espuelas —como en Corrientes— y mujeres de caderas doradas, que sonríen entre arpas, frutas, bebidas, en mercados de los llanos. De Caracas, en un trono de agua del Caribe: Juan Sănchez Peláez y Malena, Hugo Figueroa Brest, Juan Calzadilla, Santos López, Hemed Abraham Greige, Manolo Bemporad, Eduardo Herrera, Enrique Hernández, Estefanía Mosca, Ramón Palomares, Edmundo Aray, Alejandro Oliveros, Adriano González León, Eugenio Montejo, Yolanda Pantín, Salvador Garmendia, Juan Liscano, Rafael Cadenas, los de Valencia; Pía Landeta Pedersen, Alejandro Suárez, estos dos últimos aún mojados por el agua del mar bajo la lluvia, como nadamos en el Caribe.

¡Y mi Banda Oriental del Uruguay! Desde sus palmares del Mar de los Castillos me envía a Silvia Guerra, Jorge Fernández, Álvaro Ojeda con Francis, Luis Bravo, Laura Haiek, Eduardo Espina, Marosa Di Giorgio, y el que quiera venir con lagunas blancas, negras y coloradas.

CON UNA FLOR DE AGUA

Juan José Folguerǎ fue el primer poeta que conocí de la ciudad de Corrientes, y junto al Paraná se enrojecían sus poemas, ¿acaso para dolor de España?...

Por eso él encabeza este Reino de Poetas, seguido de Oscar Portela, Jorge Sánchez Aguilar, Guillermo Parodi, Marily Morales Segovia recién bañada en un estero, Silvia Garicoche con una maleta llena de "pan del cielo", Joaquín Meabe, Alfredo Vara, Darwi Berti, Gustavo Sánchez Mariño, Martín Alvarenga, Florencio Godoy Cruz, David Martínez (con Adela Tarraf), Pico Pérez, Jesús y José Armando González Cabañas, Héctor Acevez (con Iris Acacia Ibáñez), Marcelo Fernández, Norberto Lischinsky (con Beatriz), Gabriel Cevallos, Rodrigo Galarza, Teresa Parodi, bravía.

Desde otra región del infinito llegan Julio Traynor y Osvaldo Sosa Cordero, con un vaso muy grande de miel y del vino del Estero de la Celebración de la Amistad. A Julio lo esperan su hermano Jorge Traynor; Élida Martínez y su hija; Silvia Garicoche y Pedro Braillard Poccard, y yo. A Osvaldo sus hijas Rita y Any; algún silencioso domador de orillas del río Batel; Olegario Gamarra; Alfredo Salazar y yo. A todos nos acompaña Susana Salazar, bella como su pueblo de Mburucuyá (Pasionaria).

EL REINO MÁXIMO

El Reino Máximo ha sido y es para mí Corrientes y sus campañas con rodeos, boliches, ranchos, donde vibran las guitarras y gimen —populares casi hasta la locura— los acordeones. Ranchos donde aindiadas o mulatas mujeres dan de beber de sus cabellos a hombres silvestres, pobres, pero secretamente orgullosos de sus personas: jinetes que bajan de redomones endiablados, con lazos de fuego que sólo se desatan entre toros o yeguarizos salvajes, o para enlazar caderas doradas de mujeres, que después son llevadas como regalo a las flores de los palmares... Gauchos

a los que vi, muchas veces, así, como dicen en mi otro reino, la Banda Oriental del Uruguay: "El que es gaucho va en la punta aunque ignore donde se encuentra", esos hombres, más allá de sus necesidades materiales, por lo que se someten, sólo respetan, realmente, a sus llanuras aún bárbaras, pero lejanamente históricas, que alguna vez estuvieron bañadas en sangre.

El gaucho de Corrientes es un lazo de fuego que sólo se desata entre puñales, rodeos y amores, con la llamarada de su amor, el silencio o la música de su grito, siempre dispuesto en el campo de las exploraciones y los corajes, con una manera de ser tormentosa, que se exclama de sí misma. Es una larga suma de Campos Generales (o Territorios, como a él le gusta decir) en la memoria de su sangre. Su comarca lo envuelve y lo penetra en la poesía del gran cosmos. Su corazón no respeta "mayorías" ni "minorías". Sólo respeta realmente a esa inmensa mayoría de llanurales que, con los recuerdos inconscientes de las pasadas guerras civiles, llenos de lagos de oro y sangre, que se hallan depositados en su memoria, sangral y móvilmente.

Creo que hay fuerzas de la iniquidad globalizante que desean destruir nuestras imágenes para que los sueños no puedan llegar a otras regiones del infinito. Atropellaré a esos vientos que pretenden arrasar los labios y los cabellos de nuestras mejores mujeres.

✣

ÍNDICE

Sólo contra Dios no hay veneno, de FRANCISCO MADARIAGA,
se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 1998.

Producción gráfica: Taller UR,
Marcelo T. de Alvear 2412 - 2D,
1122 Buenos Aires, República Argentina.
E.mail: ultimoreino@ba.net